


MARCA-VELOCIDADES (PATENTE NÚM. 88888)


Dib. ELÍAS DÍAZ. — Madrid.

—Oye, Luis. ¿No te parece que vamos muy deprisa?

—¡De ninguna manera! Hace media hora que salimos, y todavía no hemos atropellado a nadie...



LIDA



Crema recons- tituyente

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, y devuelve al
✧ rostro su tersura y lozanía ✧

DEPOSITARIO
URQUIOLA. = MAYOR, 1
MADRID

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

CUPÓN

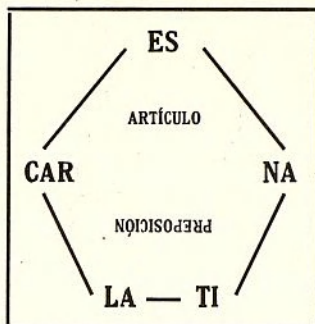
correspondiente al número 117

de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

17. — Mala vecindad.



18. — Charada con hueso.

— No te veo nunca en tu cuarta-tres, Matías.

— Ni me verás; hay una cuesta muy dos-tercia, y no quiero estar siempre arriba y abajo vigilando.

— ¡Y, sobre todo, que andas muy mal de dos-prima!

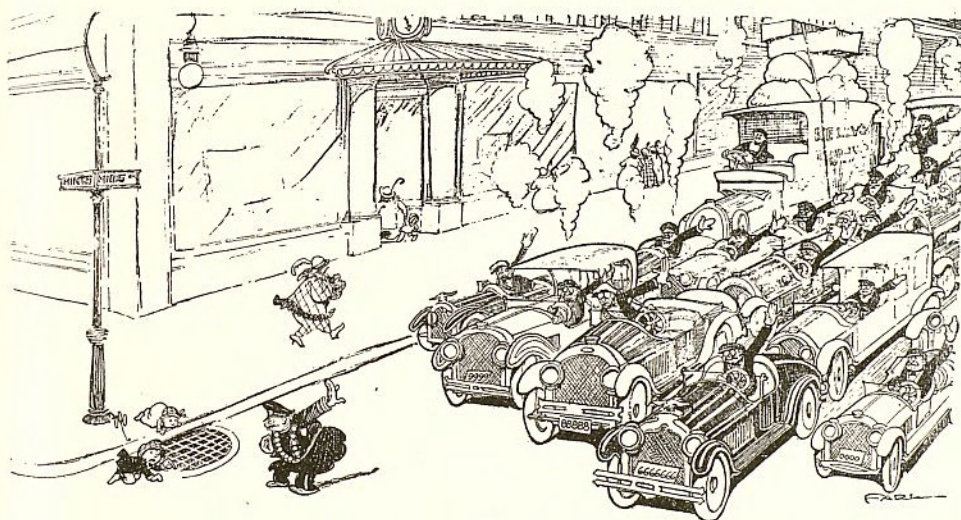
— Y no es ese sólo..., sino que me duele el todo.

19. — De un corro de niñas.

EN LA PAELLA — Z

EGO

10050 EN LA CUBA



— ¡Guardia! .. ¡Mande parar, que Tommy ha perdido un silbatol...

(De Life, de Nueva York.)

20. — En los tranvías suele practicarse.

T A M B O R O

Para las condiciones de este Concurso, véase nuestro número 114.

21. — No es agradable.

ATRIBUTO
DE ALCALDE

O R O S

22. — Unas plantas.

LO PRONUNCIAN LOS NIÑOS
EN ALMERÍA

100

1

23. — Efusión de niños alegres.

BAS FABRILLOS

Cupón núm. 4

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de febrero.



JABÓN GAL PARA LA BARBA

Forma en el acto abundantísima espuma
que no se seca en la cara.

Barra 1.50

en todos los comercios de España

Madrid, 24 de febrero de 1924.

EL DESTINO



SEÑOR Rodríguez, por Dios, proporcióneme usted ese destino en el Ayuntamiento, que si no, me muerol ¡Mire usted que no puedo resistir un día más!

— Pero ¿quiere usted callar? ¡Un muchacho de buena familia, que no hace todavía tres años que heredó una cuantiosa fortuna de su tía; un muchacho que es el árbitro de la moda y el figurín de la elegancia!

— Todo eso era antes, señor Rodríguez. Pero ahora, ¿ve usted este traje de chaquet ribeteado, y estos botines blancos, y este hongo café? ¡Pues será mi mortaja, si usted no me colocal!

— ¡Pero si ya le he dicho que ahora, en el Municipio, no hay plazas que proveer, como no sean para obreros, y esto no es colocación para usted!

— ¡Lo que sea, mi querido don Rómulo!

— ¡Pero aguárdele!

— ¡Imposible! ¡Mire: yo he sido balandrista; he tomado parte en regatas! Déme usted una plaza, aunque sea en el estanque del Retiro, don Rómulo, y ¡remol!

— ¡Vamos, Pepito, no sea usted insensato!

— ¿Y para guiar? Porque ya sabe usted que yo guío un caballo, dormido, lo mismo que un tronco.

— Sí, hay una plaza, ahora recuerdo, en Limpiezas; pero tampoco es para usted. ¡Es para regar!

— ¡Démela, señor Rodríguez!

— Es para regar con una cuba.

— ¡Magnífico!

— Una cuba, tirada por una mula.

— ¡Como un tiburil!

— Y se riega desde el pescante.

— ¡Esa plaza es para mí, don Rómulo!

— ¡Pero, Pepe, por Dios! ¿Usted, regando?

— ¡Si estoy con el agua al cuello!
— ¡Bueno, pues sea! Mañana, temprano, vaya usted a la Casa de la Villa, y le daré la credencial.

— ¡Mil gracias, señor Rodríguez, mil gracias!

— Es que no me hago a la idea de que usted, tan ilustre, acepte una plaza de regador.

— ¡No me lo recuerde usted, que se me llenan los ojos de agua!

— ¡Vamos, vamos!



A los pos días, el ex acaudalado José Pérez Suela, ya con su credencial en el bolsillo, fué destinado a regar el paseo de la Castellana, a las cinco de la tar-

de, y, en cumplimiento de su obligación, apareció en dicha vía guiando su carro de riego; y como aun no habían podido hacerle su uniforme, y él no tenía otra ropa, con su chaquet ribeteado, su hongo café y sus botines blancos.

Pepe dió a la palanca del riego, se abrió el conducto transmisor del agua, y empezaron a salir copiosamente por los agujeritos del tubo las gotas, como lágrimas derramadas por el pasado del regador.

A la Castellana comenzaron a llegar los más hermosos trenes de caballos, llevando a las más distinguidas familias; los autos más lujosos, en cuyo interior se mecían las más bellas y elegantes aristócratas.

Al advertir todos a Pepe, comenzaron a saludarle afables, riéndose de lo que ellos creían una excentricidad de las muchas a las que Pérez Suela los tenía tan acostumbrados.

Una mano breve y enguantada salía por una portezuelita de un milord; un pañuelo diminuto se agitaba en la ventanilla de una *limousine*; una sonrisa amante se dibujaba en los labios de coral de una damita que pasaba rauda en un *cap* de carreras.

Pepe se descubría finísimamente a cada uno de estos cumplidos. En la fila de coches comenzaron a oírse los siguientes diálogos:

— ¡Oh, este Pepe es incommensurable!

— ¡Es de una excentricidad subyugante!

— ¡Con qué *chic* guía el carrromato!

— ¡Qué distinción pone al regar el pavimento!

— ¡Es un *biscuit* en el pescante!

— ¡Es un *gentleman*!

— ¡Qué ocurrencia tan originalísima!

Un cascabeleo de risas recorrió todos los vehículos. La florista puso una flor en el ojal del distinguido carretero.



Dib. SILENO. — Madrid.

AL PESCADOR ZAPATA

A todo esto, una dama de rara belleza miraba a Pepe a través de sus impertinentes de concha, al tiempo que apremiaba al chófer para que marchara lo más cerca de la cuba de riego.

El elegante joven pronto se dió cuenta, y, sin descuidar la mula, comenzó a corresponder a las ardientes miradas de la dama, calándose su monóculo.

Cuando la mujer consiguió estar cerca, le dijo en correcto gallo:

— Oh, quel bell homme!

Pepe, que conocía el idioma de Molière como el suyo propio, le contestó:

— Merci, joli dame!

El riego, con estos flirteos, venía siendo bastante deficiente. A un transeúnte le mojó hasta los huesos; a un guardia municipal le caló la gorra.

Pepe, por fin, metió su carro en la fila y se puso tras el automóvil de su enamorada. Durante el trayecto, hasta el domicilio de la extranjera, fué un no interrumpido idilio de miradas.

A los pocos meses, José Pérez Suela contrajo matrimonio con aquella apasionada señora, que era millonaria y se prendó de Pepe por la novedad de su presentación aquella tarde en la Castellana.

Y era lo que decía Pepito Suela, como le llamaban los íntimos, cuando le hablaban de la suerte que había tenido:

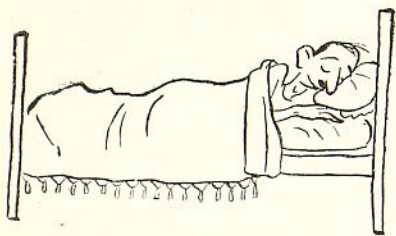
— ¡Chicos, fué el destino — y añadía en voz baja — del Ayuntamiento!

ANTONIO PLAÑIOL

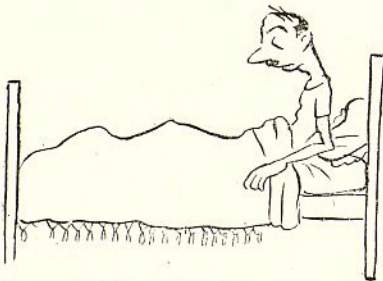
Según la Prensa, es moda de las más duras que *suelten* las mujeres tres criaturas; pero los casos de eso, que ves ahora, nada son ante el caso de tu señora. ¡Cuatro niñas te ha dado! ¡Buena reata! ¡Sí, pescador, me apena tu mala pata! ¡Cuatro chicas de un golpe!... ¡Pobre sujetol!... ¡Pedir una, y hallarte con un cuartetol!... Hoy, que la vida es cara, ¿te andas en *grescas*? ¡Ay, pescador, no sabes lo que te pescas! Si a la huelga te incitan, no digas: «¡Parol!» ¡Ya lo ha dicho tu esposa bastante claro! A la vez que te advierto que obres con tino, para evitar más *baches* en tu camino, felicito a tu esposa, mujer fecunda (que no sé si es morena o es rubicunda), y que pescaste (un día que ya se aleja) sin saber que pescabas una coneja. Aunque los comestibles no estén baratos, y no ganes, Zapata, para zapatos, el porvenir os ríe (lo digo recio), pues si de las patatas no baja el precio, aun cuando todavía tu bolsa rajan, ya verás cómo hay cosas que luego bajan. Y si en ser tan fecundos no halláis quebranto, gracias a cierta Junta que es un encanto, ya podéis daros tono, queridos míos, y en el parto siguiente soltar diez críos. ¡Haga Dios que esas cuatro niñas de ahora vivan bien, y que surja cualquier señora (llámese Catalina, Teresa o Patro) que dé a luz cuatro novios para las cuatro!...

JUAN PÉREZ ZÚNIGA

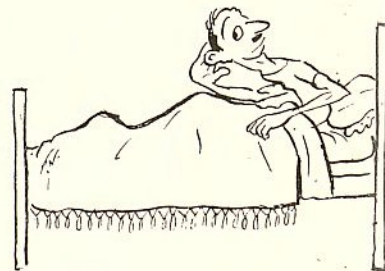
EL RELOJ MISTERIOSO. — Historieta, por Casteig



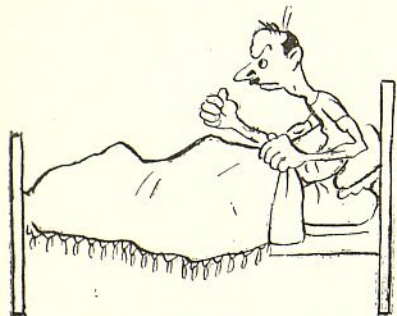
1. — Regúlez se duerme.



2. — ¿Qué hora será?



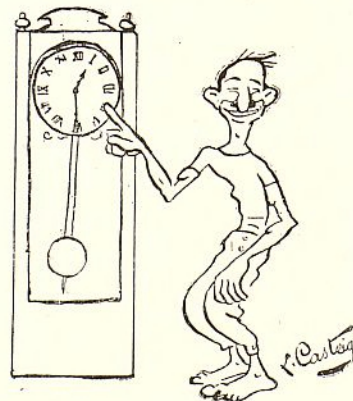
3. — ¡Una campanada!



4. — (A la media hora.) — ¡¡Otra campanada!!



5. — (A la media hora.) — ¡¡Otra campanada!!!... ¡Este reloj está loco!



6. — ¡¡Había estado oyendo las doce y media, la una y la una y media!...

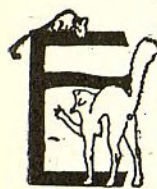


- Papá me hizo romper con Lolita, porque me costaba un dineral, ¿sabes?
— ¿Y piensas reanudar esos amores?
— No, hija. Ahora es papá el que paga directamente...

Dib. AREUGER. — Madrid.

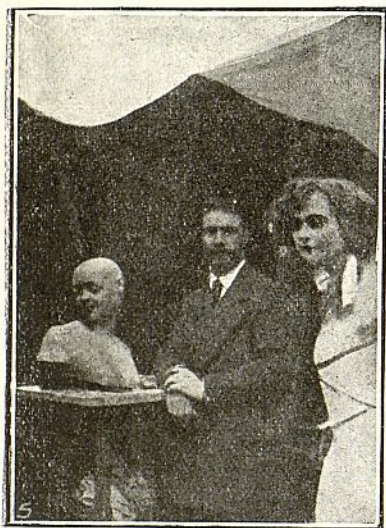
Ayuntamiento de Madrid

EL IDEAL, A PRECIOS MÓDICOS



En los grabados que acompañan a estas líneas, verán los lectores de BUEN HUMOR de qué manera prodigiosa puede salir de una misma sustancia — el yeso y componentes —, ya una pared maestra, ya un guardacantón, ya una señorita de sociedad, elegante y seductora.

Comienza ese artista por coger, como ven ustedes, un vaciado en escayola; después le pinta; le planta peluca; le compone, le viste, le coloca en un salón, y ¡ya está! La ilusión de verdad es tan extraordinaria, que llegamos a sospechar seriamente si varias de las señoras que conocemos, pintadas, pelucadas, onduladas, vestidas y colocadas, según patrón, en distinguidos salones

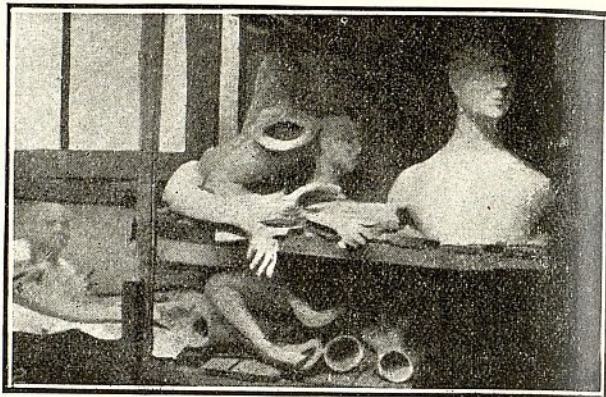


de este mundo, no serán, como nos habíamos figurado hasta ahora, criaturas humanas, sino... vaciados meramente.

El autor de esos maniqués ha descubierto — según hemos podido averiguar nosotros — una industria nueva y lucrativa. No me refiero a la de hacer maniqués y venderlos. Eso fué lo que se le ocurrió primeramente. Y, en efecto, logró rápidamente clientela. Modernamente habían desterrado el maniquí los modistos de alto copete, sustituyendo la antigua y rígida muñeca de cera o de cartón por las maniqués de carne y hueso. Tenían éstas, al parecer, varias ventajas: no había que cargar con ellas, sino que se trasladaban ellas solas, o cargaban con ellas los señores de las clientes, y enseñaban el traje a lo vivo, es decir, acompañado de los movimien-

tos y cadencias que a cada vestido conviene. Sin embargo, las señoras comenzaron a sentirse celosillas ante aquella costumbre, no porque los maridos acabaran por marcharse con las modelos del modisto, dejando solas a sus legítimas esposas — ¡no, por Dios!, eso era, por el contrario, algo que las esposas estaban deseando —, sino porque las modelos casi siempre sabían llevar mejor que ellas los vestidos. Como las maniqués se profesionalizaban, por decirlo así, en la especialidad, era imposible, a veces, competir con ellas; por más que las señoras se esforzaban por igualarse en coquetería y cocotería a las profesionales, éstas las ganaban. Y eso era deprimente para casi todas las señoras. Así que al aparecer un artista como el que nos ocupa, suficientemente diestro para conseguir que los muñecos parecieran tan de verdad que tuvieran todas las ventajas de las muñecas vivas, sin ninguno de sus inconvenientes, la aceptación fué general, y las ganancias del artista fabulosas.

Pero su negocio magno consistió en otra cosa. El hombre aquel tuvo un día el capricho sentimental de hacerse una muñeca igual a una mujer de quien él se había prendado inútilmente. La tenía en su casa, la mimaba, la cuidaba, la colocaba discursos de pasión y la hacía partícipe de todas sus ilusiones e ideales: igual igual que hacía con la otra, la viva, en los años que vivieron juntos; y el hombre, que empezó aquello por recurso, acabó por notar que sus relaciones de ahora tenían más encanto que las de antes. En lo funda-



mental, nada variaba, y, en cambio, en las consecuencias accesorias y adyacentes, era notoria la ventaja. Ni altercados, ni exigencias, ni ingrátitudes, ni malignas tergiversaciones, ni afán por la vida de bullicio y de liviandad.

Entonces, aquel hombre vió literalmente el cielo abierto, tanto para sí como para el género humano. «Abundan a millares — se dijo — los casos de hombres que se darían por felices con hallar una compañera semejante; compañera que, en los ratos buenos, supiera escuchar así, comprender así, adoptar actitudes así, tan encantadoras, atenta y dócil; pero que en los demás ratos continuara también así, en vez de cambiar, como cambian algunas. Tener una compañera, ¡oh!, a la que confiar nuestros afanes y nuestros entusiasmos, como si les hablara el oráculo. ¡Ese sería el ideal para tantos y tantos hombres!... ¿Por qué no montar la industria en serio... y en serie?»

Así se dijo, y la montó. *El ideal*, a precios módicos, anunció. Y en efecto: iba un enamorado, le encargaba una figura tal y como era la persona real, que, en la realidad, o no correspondía a su amor, o correspondía de un modo



poco deseable, y al poco tenía en casa un maniquí, con la misma figura, idéntica mirada y sonrisa completamente igual a la deseada mujer. Sus precios eran, efectivamente, módicos. «Yo no trabajo por lucro — decía —, sino por altruismo. No me hace falta apenas el dinero, porque todo me sobra desde que

tengo mi *Ideal*, fabricación especial de la casa. Al salir de mi trabajo no gasto dinero, porque me ilusiona volver al hogar y encontrarme con ese ideal de mujer que allí me aguarda, fina como pocas, bella como tantas, discreta como ninguna. No hay para mí atracciones ni deseos que puedan ofrecerme un atrac-

tivo semejante como el de encontrarme con aquella mujer que sonríe, que escucha, que sueña con infinita dulzura en la mirada cuando yo le digo... lo que puedo, lo que soy o quiero ser, lo que la quiero por verla tan espiritual y tan incomparable. Y como, además, aunque yo la regalo y adorno y visto lo mejor que puedo, como ella se contenta con lo que quiero darle, bastándole con tener lo suficiente para estar bella a mis ojos, como en todo es igual, todo el dinero me sobra. Por eso puedo dar mis ideales por tan poco dinero. La propaganda me remunera con creces.»



Hemos podido averiguar que este excepcional artista es uno de los hombres más felices del planeta. Sonríe siempre a la vida, y ha recibido, por añadidura, varios millones, muchos, legados de clientes agradecidos que, al morir, le han dejado su fortuna.

MANUEL ABRIL

CUENTO VIEJO AHORA, QUE ALUMBRE OTRO

A Inés, que me aseguraba
que a la iglesia no volvía,
porque el santo a quien rezaba
la dió lo que le pedía,
la referí lo siguiente,
que es un cuento muy vulgar,
y que Inés, humildemente,
oyó sin pestañear.

Cuentan de Calomarde, aquel ministro
que con el rey Fernando compartía
las vilezas, crueldades y tormentos
propios de la absoluta monarquía,
que siempre que a su hogar se retiraba,
por lo común, de noche,
un infeliz cesante, presuroso
la portezuela abría del coche,
y con un farolillo de luz tibia
le alumbraba al subir por la escalera.
Esto se repitió miles de veces,
porque el tal individuo tenaz era.

Una noche, el ministro, sonriendo
al verle, prorrumpió: «Cese tu pena,
toma la credencial, ya estás servido,
que sea enhorabuena.

Alumbra, pues, hasta dejarme en casa;
ya ves cómo he premiado tu paciencia.
Mucho me alegra haberte ya sacado
de tu larga y mortífera indigencia.»

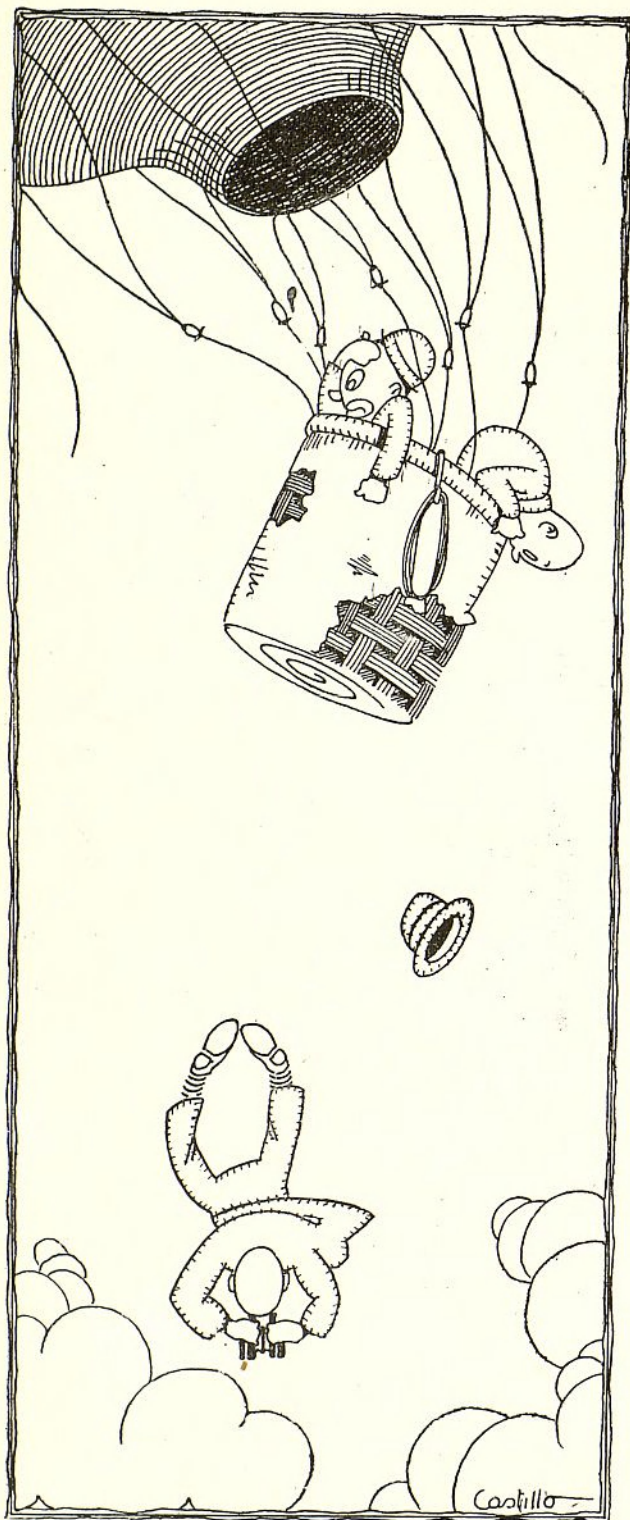
« — Gracias — le respondió —; Dios os bendiga,
que he vivido hasta aquí como en un potro.
Y, apagando la luz, se fué diciendo:
Ahora, señor, que os alumbre otro.»

.....

*¡Así es la Humanidad!... ¿Te necesita?
Pues te halaga, te adula y solícita;
Pero cuando sus fines ha logrado,
te dice, de cinismo haciendo alarde:
¡Ahora, que otro te alumbre, y Dios te guardel*

TOMÁS LUCEÑO

A DOS MIL METROS



Dib. CASTILLO. — Madrid.

— ¡Pobrecito!... ¡Se va a estrellar!
— ¡No lo creas!... Se ha llevado los prismáticos para
acortar la distancia...

NOTICIAS
DEL
INFIERNO

Infierno, once febrero, lunes noche.

Señor Arturo Méndez de Lacloche.

Mi querido Arturito: Ya me tienes metido en lo profundo del Infierno desde hace cuatro días, que el Eterno me lanzó a esta morada. ¿Y tú, no vienes? Te confieso, ¡oh amigo muy amado!, que te echo mucho en falta y no te olvido, porque yo estoy aquí muy divertido, y tú estás de la Tierra algo amurriado. ¡Vente, hombre, no seas primol! Te aseguro que todo cuanto allá diciendo van en contra del castizo de Satán, son *trolas* nada más, amigo Arturo. Aquí se pasa el tiempo a la carrera; armamos unas juergas colosales, y proyectamos una de primera para solemnizar los Carnavales. Las gentes que hay acá, muy numerosas, son la *crema chipén* de todas partes: estoy con Carlos Quinto y Descartes, con Beethoven, Homero y Ríos Rosas; con Velázquez, Favila, Napoleón, con Sócrates, Euclides y Racine (1), con los Borgias, con Fidias y Absalón, y mañana aguardamos a Lenin, a quien vamos a hacer, según presiento, un extra magistral recibimiento. Nos hallamos, claro es, muy apiñados, porque, igual que en Madrid, en esta tierra no están los pisos que hay desalquilados, y el que tiene algún cuarto, en él se encierra con cinco o seis docenas de candados. Muy cerca de la casa del Demonio, hay un café, del cual somos asiduos ochocientos trillones de individuos, y allí hablamos de modas con Petronio. A veces va también Claudio Nerón, que suele entablar siempre discusión acerca de la nueva poesía, y aun no se ha dado el caso un solo día de haber pagado el gasto. Es un gorrón. Por las tardes jugamos a las prendas con los socios más célebres del hampa. Julio César se gana reprimendas por no querer hacer ninguna trampa. Con Luis Candelas, Robespierre y Tito (cuya bondad histórica es un mito) me reúno también con gran frecuencia para intentar probarnos la paciencia en el juego tiránico del chito. En cartas sucesivas te iré dando amplias noticias (la amistad obliga), de todo cuanto aquí vaya pasando, que tendrá, de seguro, mucha miga. Porque es que nos reímos un horror, y yo, muchacho, estoy la mar de bien. No lo medites más. ¡Muérete, y ven! Te abraza tu compadre,

JUAN TRALLOR.

Por la copia,

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

(1) El truco del verso es que se pronuncie en francés.

NUESTRAS ARTISTAS DIBUJAN Y ESCRIBEN

UN ARTÍCULO
DE PILAR ESCUER

ILUSTRADO
POR ELLA MISMA

Cuando yo estaba de segunda tiple en el Reina Victoria, se puso enferma Paquita Torres, y no había quien la sustituyera en la manola del *Conde de Luxemburgo*. Me dijo Cadenas que si me atrevía; pero yo, que he sido siempre muy miedosa, sobre todo en aquella época, le dije que no. Al fin, accedí, aunque con más miedo que vergüenza.

Llegó la hora, fui llamada por el traspunte, y empecé a temblar de tal manera, que no sabía si hacer caso al traspunte y salir a escena, o salir corriendo a la calle pidiendo socorro.

Yo salía hecha un brazo de mar, vestida con un traje lindísimo y un buen golpe de joyas que me prestaron las compañeras; pero, a pesar de ello, el miedo iba en aumento, de tal manera, que parecía que iba a hacer un escaleo en la joyería vecina.

Desde luego, yo contaba con la



dió la peineta, que también cayó, y a partir de ese momento, la catástrofe del Japón ha sido una tontería comparada con lo que me sucedió: empecé a cantar con una voz de gata en celo y desafinando más que *Cienhigos*, dando unos alaridos que parecía que me estaban haciendo la trepanación sin cloroformo; y como cada vez me subía más de tono, el maestro Cava me indicaba con un dedo hacia abajo; pero yo equivocaba la seña, y creía que era que estaba baja de tono, y, claro, seguía subiendo de tal manera, que si el número dura medio minuto más, lo termino con camisa de fuerza.

Respecto de los dibujos, les advierto que no he sabido dibujar en mi vida ni una pajarita; pero, porque no digan,

les mando el retrato del maestro Luna, aunque me disguste con Romero de Torres.



El maestro Luna

La inefablemente hermosa y encantadora Pilar Escuer, que escribe tan bien como canta, y hay que ver cómo canta, nos encanta hoy con este artículo y con estos monos, en los que no sabemos qué admirar más, si la noble ingenuidad, la serena facilidad, o la rotunda fidelidad de los tipos.

miajita de simpatía que tenía entre los abonados, y a eso realmente debo no haber terminado la romanza en la Comisaría.

Bueno: llegó, por fin, la hora de salir a escena; y entre el aturdimiento, el miedo, la mantilla, la cola del vestido, el mantón de Manila, el abanico y la peineta, me armé tal lío al pisar el escenario, que di un tropezón de esos de clown de circo, se me cayó al suelo el abanico, y al ir a recogerlo, se me despen-



Yo la noche celebré

BUEN HUMOR ANECDÓTICO

(COSAS Y COSILLAS QUE SUCEDEN POR AHÍ)

I

En la Scala de Milán debutó hace años un tenor con la conocida ópera *La Africana*. A los pocos momentos de salir a escena, soltó un gallo tan descomunal, que parecía un cóndor. El público le silbó con absoluta unanimidad, y el tenor, en venganza, afizó otros dos gallos juntos, que le salieron como si estuvieran riñendo de un modo sanguiinario.

No hay ni que decir que se alborotó el gallinero, y que aquello no se hubiese quizás acabado nunca si a un espectador furibundo no le hubiera dado la idea de lanzar el siguiente apóstrofe con toda la fuerza de sus pulmones:

— ¡¡Canallall... ¡¡No cantes más *La Africana*!!

Inútil nos parece decir que el tenor se quedó muerto en el acto...

En el acto cuarto, que era el que estaban representando.

II

Un dentista famoso se vanagloriaba de extraer muelas, raigones y otras porquerías similares con tan rara perfección, que el paciente no sentía absolutamente nada a los dos minutos de consumarse el vandálico acto.

Un dolorido parroquiano, seguramente animado por la afirmación del eminente sacamuelas, fué un día a sacarse dos de las mismas.

El dentista le soltó su acreditada frase:

— No tenga usted miedo. A los dos

minutos no va usted a sentir nada, lo que se dice nada...

— Ya veremos — dijo el otro, un si es no es incrédulo y sardónico.

Y, en efecto, la operación se llevó a cabo con una limpieza que daba gusto.

Al terminar, preguntó el operador con expresión triunfante:

— ¿Eh?... ¿Qué tal?... ¿A que no siente usted nada?...

— Está usted equivocado, señor — repuso el paciente —. ¡Siento una cosal...

— ¡Cómo!... ¿Qué es lo que siente usted?...

— ¡Que no le puedo pagar, porque no tengo ni una gorda!...

III

Mister Beerford, pacífico vecino de Londres, tenía una suegra criminal que le amargaba la vida con sin igual esmero.

En la casa no paraba una criada veinticuatro horas, ni duraba una vajilla arriba de cinco minutos. Beerford estaba lesionado por todos los sitios hábiles de su cuerpo, martirizado de obra y de palabra, de hecho y de derecho, hasta no caber más. Y, ¡naturalmentel, Beerford pensó vengarse de su madre política, y ver, de paso, si se moría de una vez, o de dos, a lo sumo.

A este efecto, adquirió un enorme perro de presa, con la excusa de que le guardara una quinta que poseía en las afueras. Estuvo aleccionando al animalito en todo género de horrores alevosos, y, cuando creyó llegado el momento, invitó a su suegra a pasar un día (el último de su vida) en la susodicha casa de campo.

En el instante de llegar la buena señora (es decir, la señora malísima), Beerford, con satánico frenesí, soltó al perro, y el animal se fué derecho a la visitante con la espantosa, con la terrorífica, con la formidable boca abierta.

Y de la horrenda escena que siguió, dió cuenta el *Times* del día siguiente en estos términos:

«Ayer fué víctima de tres espantosas mordeduras, falleciendo acto seguido, un hermoso perro de presa que poseía nuestro amigo particular mister Beerford... Aterra el pensar qué clase de animal será el que ha podido dar muerte a un perro del vigor y de la ferocidad del que era el orgullo de nuestro amigo queridísimo...»

IV

Romanones, que es un hombre de prodigiosa memoria, tuvo en otros tiempos una costumbre que le acreditaba de generoso y espléndido, y hasta de dilapidador, entre sus amigos políticos. Compró un habano de a dos pesetas, y siempre que se encontraba con un conocido del que sabía que no fumaba, extraía el puro del bolsillo y se lo ofrecía finamente.

La contestación era siempre la misma:



Dib. LINAGE. — Madrid.

— Por más que la ausculto, señora mía, no le encuentro nada, absolutamente nada.

— Pero, doctor, ¿no está usted viendo que se me está cayendo la piel?...

— ¡No fumo, don Alvaro! ¡Pero agradecidísimo!

Y, en efecto, el hombre quedaba tiernamente impresionado por la dádiva. El *truco* fué explotado largo tiempo, tan largo, que el puro llegó a la más extrema ancianidad en poder del conde; pero un día se le ocurrió ofrecérselo a un ex senador, y éste, pensando obsequiar con él a su futuro yerno, alargó la mano para tomarlo.

¡No crean ustedes que se inmutó don Alvaro, no! Sonrió picarescamente, y volviendo a quedarse con el cigarro, dijo al ex senador:

— Perdóneme, Jacinto. ¡Le quería gastar a usted una broma; pero le considero demasiado amigo para burlarme de usted! ¡Este puro es de pegall!

Y el ex senador se rió las tripas; pero el conde no soltó el habano, que es lo que se trataba de demostrar.

V

En Nueva York cayó enfermo el mes pasado un pingüe comerciante de la calle 888, número 575 duplicado, piso 29 (hay ascensor).

Se avisó al médico inmediatamente, y el inclito galeno diagnosticó que se trataba de un caso de gripe formidable, y pronosticó que la muerte era la única solución que aquello iba a tener, aunque el comerciante no quisiera, no obstante lo cual empezó a recetar cosas, que el otro tomaba sin miedo, pero con escama.

Resultó, sin embargo, que lo que el enfermo tenía no era gripe, sino tifus, cosa que averiguó el mismo paciente... Se enteró el médico de que era tifus, porque se lo dijeron, y tuvo la amabilidad de decir que era de la misma opinión; pero que de todas maneras el tío aquel *la diñaba*. Y siguió recetando.

Y, efectivamente, llegó el día en que el enfermo empezó a prepararse para agonizar. La familia, que era piadosa, le rogó con ardientes lágrimas en los ojos (y en los pañuelos) lo que suelen rogar las familias en esos trances:

— ¡Es preciso que confieses, William!

A lo que el moribundo contestó con una lógica aterradora:

— ¡Yo creo que aquí el que debe confesar es el médico!

VI

En la playa de San Sebastián quiso bañarse, hace algunas temporadas, el egregio general Weyler, y solicitó un bañero baratito para que le ayudase.

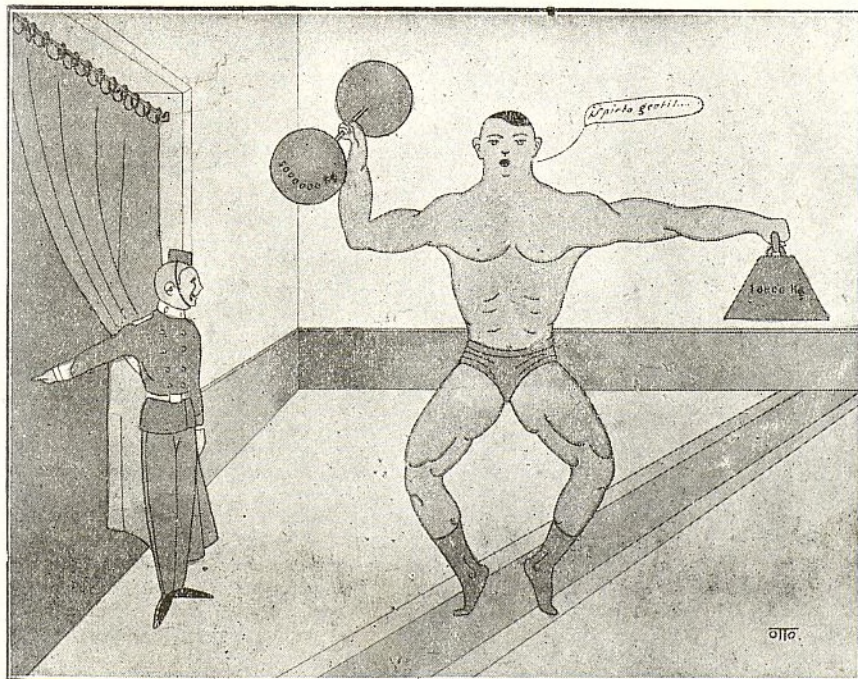
El bañero acudió solícito, y al ver que el general, distraídamente, al parecer, se iba a arrojar al proceloso mar con la ropa de calle que llevaba, le hubo de advertir con respeto:

— ¡Señor!... ¡Será menester que se ponga usía un traje de baño!

A lo cual repuso Weyler:

— ¡Nada de eso!... ¡Con el que llevo, estoy seguro de que me entrará el agua mucho mejor!...

ERNESTO POLO



EN LA SALA DE ENSAYO DEL CIRCO

Dib. OTTO. — Madrid.

EL «BOTONES». — ¡Mister López, el del fiel contraste pregunta por usted!...

MI NARIZ

Aunque de cuidarme trato, con los frios que está haciendo un constipado tremendo me ha suspendido el olfato, y de tal modo elimina la sensación olorosa, que no distingo una rosa de un bidón de gasolina; pero lo más sorprendente para mis fosas nasales, es que hay cosas especiales que huelo perfectamente:

Don Blas del Pez, eminente político de ocasión, que de toda situación te mostrabas disidente. ¿De la situación presente, que tan mal te parecía, me dices que cada día presenta mejor cariz? ¡Hame dado en la nariz olor a pastelería!

Paco Trillas, el señor de talento singular, que, sin saber dibujar ni manejar el color, te has declarado pintor de tan grande maestría, que te pintas en un día cuatro cuadros y un tapiz... ¡Hame dado en la nariz olor a buñolería!

Juan de las Lanas, que vive archipistonudamente, y de sueldo solamente seis mil pesetas percibe, y tiene un auto, inclusive, porque a su esposa le envía mucho dinero... una tía que vive en Castrojeriz. ¡Hame dado en la nariz olor a ganadería!

Manolito de P. y P., gran crítico teatral, a quien le parece mal todo cómico que ve, pero en tratándose de el teatro de... Talía, todo actor es de valía y eminente toda actriz. ¡Hame dado en la nariz olor a contaduría!

La viudez de Soledad, la dignidad de Tomé, la honradez de Bernabé el candor de Trinidad, el saber, la lealtad, valor, honor e hidalguía de Sánchez y de García, Rodríguez, López y Ortiz... ¡Hame dado en la nariz olor a guardarropía!

CARLOS LUIS DE CUENCA]

LAS COSAS DE LOS TEATROS

"EL INMORTAL GENOVÉS"

¿Ustedes recuerdan al fresco de Muñoz Seca, de Arniches, de García Álvarez? ¿Y de todos los restantes frescos que en el mundo han sido desde que los autores españoles descubrieron este tipo? Pues he aquí que los Sres. Abati y Lucio lo han vuelto a desenterrar, con toda premeditación y alevosía. Surgió el fresco en *El inmortal genovés*, como si nada hubiera pasado de diez años a

esta parte; como si los espectadores no tuviesen memoria; como si eso de la originalidad no fuese elemento muypreciado en el asunto de escribir comedias...

Se estrenó *El inmortal genovés*, y... no queremos hablar. ¡Santa Rita, abogada de los imposibles, nos tienda su manto protector! Porque crean ustedes que se trata de algo *imposible*. No hay manera de construir una cosa peor.

Ni que el Sr. Abati — ¡que ya es difícil — se lo hubiese propuesto.

LO QUE PARECE MENTIRA

Un buen amigo nuestro, tan enterado de cosas de teatros como provisto en abundancia de sangrientas intenciones, nos envía la nota siguiente de asuntos que a él le inquietan:

«Parece mentira:

Que los articulistas hayan dejado en paz al pobre Pirandello.

Que se haya arreglado el negocio de América que traía entre manos el bueno de Maximino.

Que vaya Mercedes Pérez de Vargas con esa compañía y con ese actor.

Que Luis Gabaldón se marche a América.

Que Leopoldo Bejarano, al enterarse de la noticia anterior, no haya dicho que él es también *elemento nauta*, y embarque con cualquier otra compañía.

Que Antonio de la Villa sea un excelente empresario.

Que Cadenas, también periodista y empresario, deje que haya otro en condiciones de hacerle la competencia.

Que Pepe Serrano pueda haber escrito todas esas zarzuelas que se anuncian en los periódicos para ser estrenadas en breve, y en el teatro de la calle de Jovellanos.

Que exista una artista de *variétés*, con pretensiones de *estrella*, que hasta ahora no haya sido agasajada por esos ciudadanos que se dedican al deporte del homenaje.

Que un *malange* se permita decir que Joaquinito Dicenta, Antoñito Paso, Serafín Adame, Rafael Solís, Leopoldo Bejarano, Valentín Gutiérrez de Miguel, Paco Víu, Luis Fernández Cancela, algún otro y el que suscribe, no son sino *tanguistas* del periodismo que vegetan entre bastidores.

Que no le hayamos roto, entre todos, un hueso al *murmurador*.

Que después de quince o veinte representaciones de *La leyenda del beso*, no esté aun afónica Cora Raga.

Que aún trabaje Rosario Pino.

Que pueda seguir ganando dinero en Lara D. Eduardo Yáñez.

Que haga quince días que no se hable en los periódicos de Arturo Serrano.

Que haya dejado la bebida Vicente Mauri.

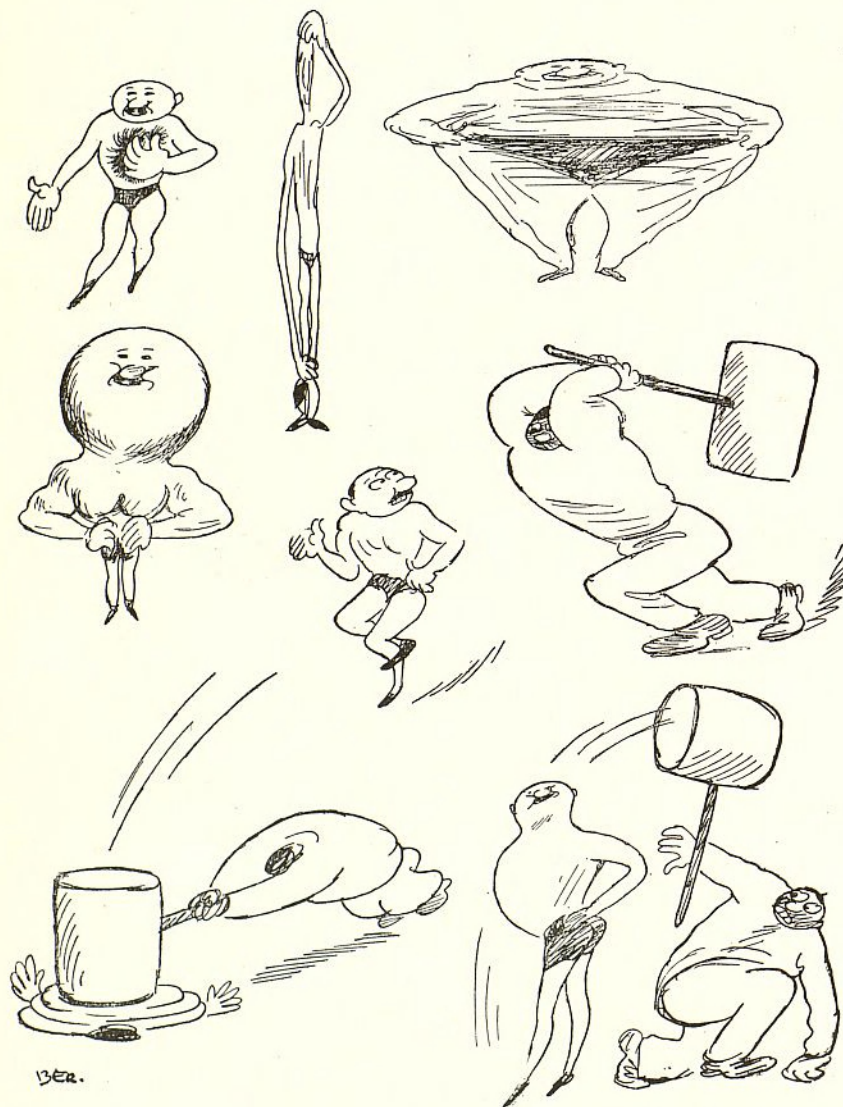
Que sea presidente del Sindicato de Actores D. Miguel Muñoz, después de lo que dijo casi todo el Sindicato, y después de lo que dijo D. Miguel Muñoz.

Que no haya ardido la Sociedad de Autores...

Y conste que todo ello, hasta lo de los *tanguistas*, nos lo envía un espontáneo. ¡Tendrá el niño malas entrañas!...

José L. MAYRAL

NÚMERO SENSACIONAL DE CIRCO



Ber.

EL HOMBRE ELÁSTICO

Dib. BERGSTRÖM. — Estocolmo

EN EL CIRCO AMERICANO



Caricaturas, por FRESNO

LA CONSULTA DEL DOCTOR

¿Jorge Huguet? Un cariñoso amigo de la infancia. El otro día me lo encontré, y charlamos largo rato.

— Almorzaremos juntos un día.

— Sí, sí; cuando quieras.

Me pareció que había ciertas vacilaciones en su voz; pero indudablemente debí equivocarme, porque su aspecto no era el de un hombre que tuviese el menor padecimiento.

— ¿Estás enfermo?

— ¿Yo?... ¡Ni por asomol!

— Más vale así.

Le volví a ver, y volviendo al tema del almuerzo, Huguet se vió comprometido a invitarme.

— Comeremos en un restaurante cualquiera, ¿eh? Donde nos den bien de comer, sobre todo.

A esto me opuse terminantemente. ¿No éramos amigos de siempre? ¿No teníamos confianza? Pues nada de restaurantes ni de cafés. Almorzaríamos en su casa, al lado de su mujer, y la comida, francamente familiar.

— Verás; es que...

— Nada. O eso, o no almorzamos juntos.

— Sea lo que quieras. Entonces, mañana. Nos citaremos a las once.

— ¿Tan temprano? Supongo que no almorzaremos hasta la una.

— ¡Oh!... ¡Pero así podremos charlar un ratol! ¡Te quiero tantol!

Ante esta explosión de cariño amistoso, nada pude oponer. ¡Como si hubiera querido citarme de madrugada!

Al siguiente día, puntuales los dos, a las once nos hallábamos en la terraza de un café, saboreando un vermú.

— Tienes mala cara — me dijo Huguet.

— La misma que poseo desde que nací.

— ¿Es que padeces del estómago?

— ¿Yo?... ¡Qué tontería!

— No te fies, sin embargo. Yo he conocido a un señor que presumía de ser un avestruz capaz de digerir hasta piedras. Se equivocaba el pobre. ¿Querrás creer que murió de una indigestión de lechuga? ¿Por qué no haces que te vea un médico?

— ¡Qué disparatel! Te repito que me encuentro perfectamente.

— Pues insisto en lo dicho, y me contraría que no me hagas caso. Mira, es temprano; yo conozco a una eminencia en eso del estómago, que tiene precisamente la consulta por la mañana. Vamos a ella.

¡Pobre amigo! Por complacerle accedí, y en unión suya marché a la consulta del célebre doctor, satisfecho de que éste, al certificar que mi estómago funcionaba bien, tranquilizaría a Huguet.



Dib. HORACIO. — Madrid.

— ¿Aceptaré el reto de Alejandro?... ¡Yo creo que es un buen partidol...

Lo malo fué que la eminencia médica me hizo sacar la lengua, me dió unos golpes en el abdomen, me tiró de las orejas, me sacó cinco duros y me dictó un plan fantástico y aterrador.

— Debe usted comer poco, muy poco. Nada de mariscos, ni de carne, ni de huevos, ni de verdura, ni de nada. ¿Vino? Ni olerlo. ¿Licor? Ni soñarlo. No tome café, y levántese de la mesa siempre con hambre.

— Tenga usted la seguridad de ello. Seguiré al pie de la letra sus consejos.

— ¡Y desgraciado de usted si no los sigue!

Debo confesar que salí bastante molesto e inquieto del gabinete del doctor. ¿Tendría razón aquel tío?

Huguet, el excelente amigo, parecía preocupado, y no ocultaba su emoción. Yo fui el que tuve que consolarle.

— ¡Bah, no te preocupes por lo que has oído!... A lo mejor, estos sabios se equivocan.

— No lo creas, y lo siento por ti.

— Anda, vamos a almorzar, que no es cosa de que tu mujer nos espere.

Llegamos a la casa; la señora de Huguet, una rubia apetitosa, nos recibió con agrado, y puso una cara muy triste cuando su marido le comunicó la terrible noticia.

— ¿No sabes, querida? No puede comer de nada.

— ¡Oh, Dios mío! Yo que le tenía preparado un *menu* exquisito.

— Le haré honor — dije valientemente.

— De ninguna manera. Este amigo no puede comer de nada, y para no despertar su envidia, también nos privaremos de saborear tu deliciosa comida. Que hagan para todos huevos pasados por agua. ¡Ah! ¡Y nada de vino! Agua clara. Querido, por acompañarte dignamente, mi mujer y yo renunciaremos a almorzar lo que había preparado.

¿Puede uno encontrar nada más conmovedor que un amigo de esta naturaleza?

Pasó tiempo; al principio me preocupé un poco de los consejos médicos; pero concluí por enviar al diablo el recuerdo del doctor.

Un día me encontré a éste, acompañado precisamente de Huguet. Se tuteaban. Al verse sorprendidos, no lo pudieron negar.

— Perdona, chico, aquella escena de la consulta; pero tenía precisión de que comieras poco en mi casa. Ni había preparado exquisito *menu*, ni mi mujer tolera convidados en casa.

— Sí — añadió el doctor —; el amigo Huguet me había prevenido de antemano, y todo fué una farsa.

— Pues si era farsa, ¿por qué se quedó usted con los cinco duros de la consulta?

— Para darle mayor apariencia de realidad. Servidor de usted.

A. R. BONNAT

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

LA MESA DE VENTANA

Hemos convenido o, mejor, han convenido ya nuestros antecesores, en que el café es el lugar español que define completamente nuestro carácter.

Negar esto, a más de negar una evidencia reconocida, sería una terrible falta de sinceridad, toda vez que en cuanto acabásemos de comerla iríamos al café, como de costumbre.

Vamos al café a todas horas: por la tarde, por la noche, por la madrugada. Pasamos de unos cafés a otros. No falta quien coma y quien duerma en el café.

Lo que falta por demostrar es si en el café se pierde el tiempo. Nosotros negamos rotundamente esta suposición, y hacemos lo posible por aniquilarla.

Ante todo, en Madrid, para buscar a alguien, no suele preguntarse dónde vive, sino a qué café va. Si con esa persona necesitamos resolver algún asunto o, por lo menos, cambiar impresiones, hay que ir a buscarla al café.

Según esto, el café no es un simple lugar destinado a perder el tiempo, como la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Por el contrario, encierra en su seno todas las actividades españolas. Cada persona que empuja la puerta giratoria es una actividad que busca a otra actividad. Prueba es que alguien ha pensado en utilizar esta energía que mueve constantemente las puertas de un café: las actividades que llegan y las actividades que se van.

En el café se hacen negocios; se firman contratos; se conspira en una mesa contra la tiranía de los que gobiernan, mientras en otra se deciden las bases de una patria feliz, nueva y regenerada. Se fundan periódicos, se forman compañías, se hace el amor, se difama, se discute, se proyecta... No hay fase de la vida que no se desarrolle en el café.

El número de los que van al café a perder el tiempo es reducidísimo, apenas perceptible. Algún señor que escribe un drama en tres actos; otro, que lee un artículo de Pérez Bueno...

Este problema del café no es sino una consecuencia del problema de la vivienda. El ochenta por ciento de las casas madrileñas son frías, oscuras, hostiles. A mediodía, la luz que entra por sus patios es insuficiente para la lectura de un diario. Y si durante el día hay alguna persona que consienta en quedarse en casa, cuando anochezca sentirá que todo el peso de la casa se le viene encima, y se echará a la calle, para no volver en algunas horas.

Si el hogar madrileño fuese amable, el café quedaría reducido a su hoy secundario aspecto de sitio en donde se come y se bebe. Recibiríamos las visitas en nuestras casas, e iríamos a hacerlas a casa de nuestros amigos.

Lo que sí responde plenamente al ca-

rácter español, dentro del café, es la mesa de ventana. La mesa de ventana es la más clásica de las mesas del café, sin duda alguna.

Tiene algo de la costumbre de asomarse al balcón a ver la gente. El español es muy aficionado a ver la gente, lo que echa por tierra cuanto se ha dicho de su insociabilidad.

El que se sienta en la mesa de ventana sólo está allí para ver la vida que se desarrolla al otro lado del cristal, y para exhibirse al mismo tiempo.

Mira a todo el mundo con presunción, y parece decir: «Fíjese usted. Estoy tomando café con suizo.»

Yo nunca me sentaría en una mesa de ventana. Odio ese gesto de fatua majestuosidad que tienen los generales cuando ante ellos desfila un regimiento, y que adopta también el hombre de la mesa de ventana. Me molesta la fiscalización que el público callejero pueda hacer de mí, ya que lo hago todo con vista al exterior.

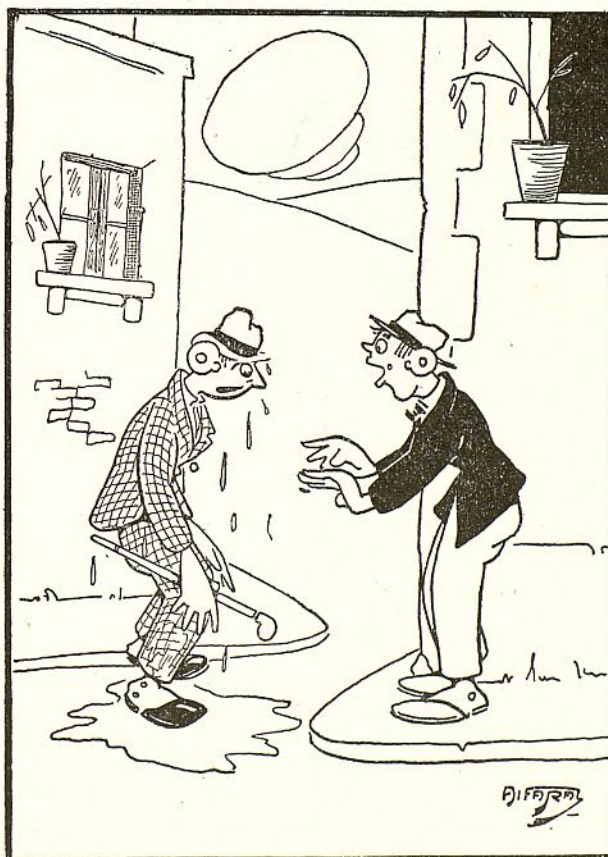
La calle es para que los de la calle mi-

ren a lo que está abierto a ella. Si no fuera porque aun hay escaparates caprichosos, con luces de colores que se apagan y encienden, y muñecos de movimiento; si no fuera porque todavía se fabrican guantes, se afilan cuchillas de afeitar y se limpian sombreros de paja a la vista del público, toda esa gente que se pasea y se dedica también a ver regar las calles, a ver derribar casas, pintar puertas y acarrear ladrillos; toda esa gente, que es la verdadera España, más inútil y, por tanto, más característica que la del café, se dedicaría por entero a pararse delante de las lunas y observar cómo sumerge el bollo en su taza de cocholante el hombre de la mesa de ventana.

Los cafés extranjeros, las cervotecas alemanas, los tes ingleses que hay en Madrid de muestra, tienen en sus cristales visillos tupidos que velan toda visión. No tienen el exhibicionismo y la curiosidad de las mesas de ventana. Están fuera de todo fisgoneo inoportuno.

La mesa de ventana es el límite entre la ociosidad y el trabajo. Los ociosos son los que pasean, mientras que todo el dinamismo está en manos de los hombres sedentarios del café.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO



Dib. ALFARAZ. — Madrid.

— Pues nada, chico: que le dije a su papá que mi corazón era un volcán que echaba fuego, y... me ha tirado encima un cubo de agua...

SENTENCIAS, MÁXIMAS Y MÍNIMAS

(BUSCADAS EN TEXTOS ANTIGUOS, MEDIOS Y MODERNOS,
Y TRADUCIDAS, CON ENTERA LIBERTAD, DEL LATÍN, DEL
GRIEGO, DEL RUSO, DEL ALEMÁN Y DEL MANCHEGO)

Si te atizan una bofetada, pon humildemente el otro carrillo, como aconsejó el Señor. Pero si en el otro carrillo te atizan la segunda, como no se ha dicho nada para el caso en que esto ocurra, yo creo que debes liarte a guantazo limpio con tu agresor. ¡Bueno es no buscar cuestiones; pero no tanto, que hagamos el primol — SAN PEDRO ADVINCULA.

Yo partí mi capa con un pobre, es cierto. Y alguien ha dicho que bien pude dársela entera. Los que tal dicen ignoran que yo tenía entonces un catarrazo de no te menees. — SAN MARTÍN.

La mujer es nuestro peor enemigo. A su lado triunfa la vil materia que todos llevamos dentro. La mujer, forzoso es decirlo, es carne..., carne..., ¡y carne! (con las únicas excepciones de Loreto

Prado y Teresita Saavedra, cuyos pies beso). — SAN ANTONIO.

Ir con las botas rotas y con los pies anegados de fango, resignado y paciente, es meritorio y cristianamente ejemplar. Mandar que las echen medias sueltas y tacones, es mucho más práctico. — FRAY LUIS DE GRANADA.

No niegues nunca una limosna al pobre que te alargue la mano. Ahora, si te alarga la mano y te dice: «¿Cómo está usted?», puedes hacer lo que quieras, que lo que hagas me parecerá bien. — DIÓGENES.

Palabras inéditas de San Marcos:

«Me dijo un día un pagano, cuando el paganismo era árbitro del Universo: «¡Marcos, tienes poco valor!» Y bajé, humilde, mi blanca cabeza.

Aquel desgraciado ignoraba que, andando el tiempo, los Marcos no iban a tener valor ninguno, y que, por causa de ello, iba a haber muchísimos más paganos que cuando el Cristianismo no había triunfado todavía.» — SAN MARCOS.

Si quieres emprender el camino del Cielo y llegar pronto, procura que la muerte no te sorprenda viajando en el mixto de La Coruña, porque es que no llegarías jamás. — BALMES.

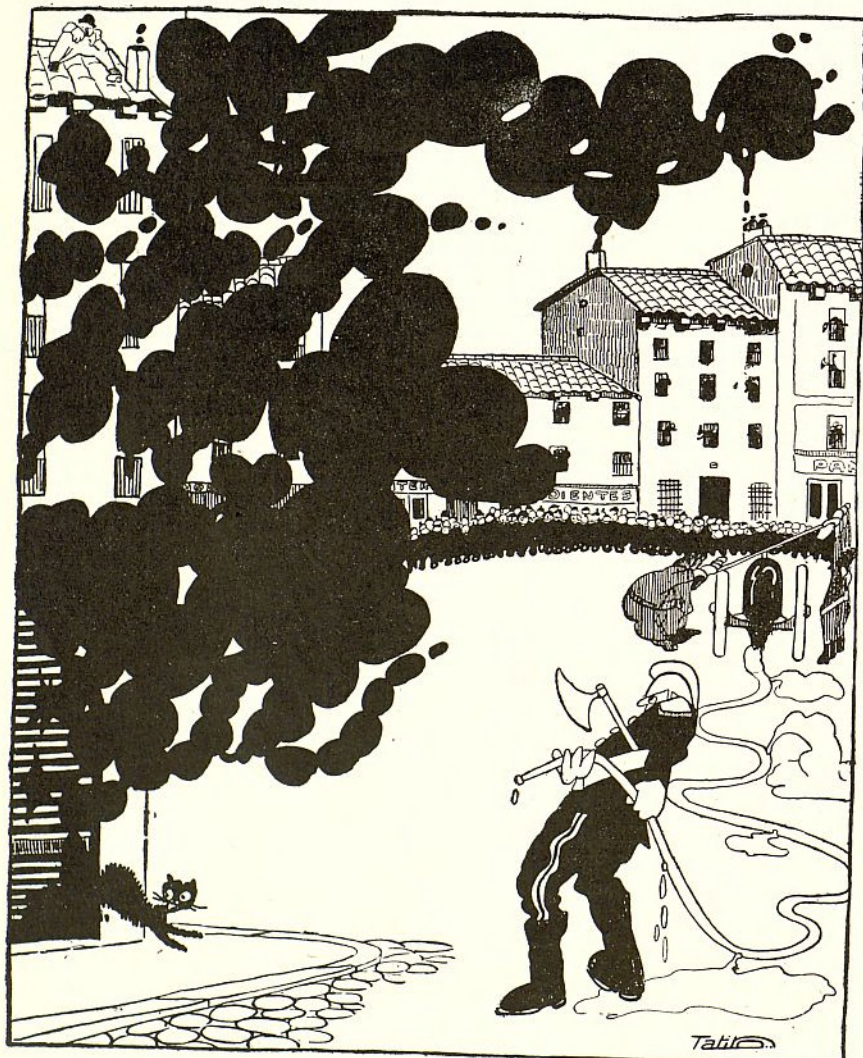
Fumar no es un vicio; yo, que soy santo, lo digo. Hablo, naturalmente, de lo que despacha la Compañía Arrendataria. ¡Sería vicio si fuese tabaco; pero como no lo es, no lo es!... — SAN EXPEDITO.

Me molesta el fox-trot. — SAN PASQUAL BAILÓN.

Las palabras del apóstol es una caja de oro la que las encierra... Las sentencias del misionero es una caja de plata... El discurso del catequista es una caja de fuerte hierro... El discurso de Francos Rodríguez es una grandísima lata... — TOLSTÓI.

Hablar en catalán lo sabe hacer mucha gente... Pero callar en catalán, no lo saben hacer más que Cambó y Puig y Cadafalch. — EINSTEIN.

Si tuviéramos que dar de comer, pagar la carrera y comprar trajes a todos nuestros hijos (aunque no sean más que los que nos viven en la actualidad), no sé cómo nos las íbamos a componer, con los precios que hoy tienen las cosas. — ADÁN Y EVA.

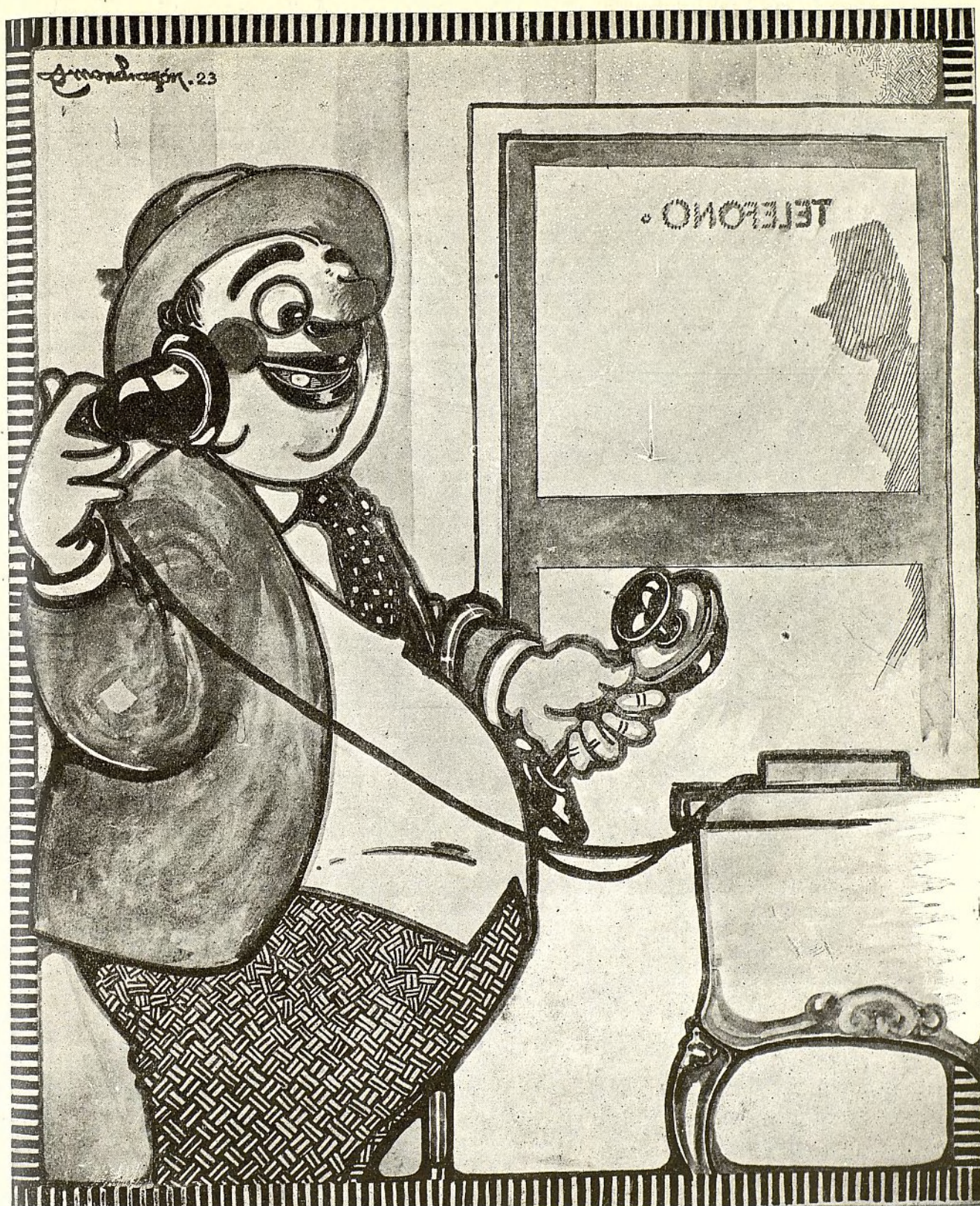


EL DEL TEJADO. — ¡Socorro!...

EL BOMBERO. — ¡Te creerás tú que va a subir ahí tu señora!...

Dib. TATITO. — Zaragoza.

Por la busca, captura y traducción,
NÉSTOR O. LOPE



Dib. MONDRAGÓN. — Barcelona.

CENTRAL. — ¡Levante la voz, que no se oye!... ¡Más, más todavía, que no se entienda!...

ABONADO (a gritos). — ¡Por Dios, señorita! ¿Usted cree que, si pudiera gritar más, necesitaba teléfono?...

MÚSICA IMITATIVA EL QUIJOTE, EN SOLFA

«Hoy las ciencias adelantan
que es una barbaridad.»

decían hace tiempo en un popular sainete; pero no son sólo las ciencias las que hoy adelantan, sino también las artes, y así como en la pintura se admite la fantasía en el colorido, hasta el punto de que una mujer tenga la cara amarilla sin padecer ictericia, en la música se ha llegado a descubrir el modo de que las notas, tocadas de cierta forma en los instrumentos, den al oyente la impresión de la edad justa, las facciones y los pensamientos de los personajes puestos en solfa.

¿Que exagero? No creáis tal.

Cierto día asistí a un concierto en el que figuraba el *Don Quijote*, de Strauss. A la puerta del coliseo se repartían programas con todos los temas y variaciones que tiene la obra.

Yo alabo esta idea del programa explicativo, porque sin él, fuera fácil que confundiéramos a Don Quijote con Dulcinea o Sancho Panza los que, por no haber alcanzado los tiempos de Cervantes, no podemos conocer a sus personajes por la voz, que, indudablemente, está con toda fidelidad reproducida por el conjunto de instrumentos que integran la orquesta.

Una vez con el programa en la mano,



Dib. PACHÍN. — Madrid.

ELLA. — ¿Qué regalo de boda le piensas hacer a Dario?

EL. — Yo le tenía ofrecido un Van-Dyck.

ELLA. — ¡Ah, sí... ¿Con arranque automático?...

me dispuse a escuchar el gran poema, concentrando toda mi atención en la música, a fin de percibir bien las señas personales de las figuras cervantinas...

Y leí: «... en la introducción se representa a Don Quijote de unos cincuenta años, de complexión recia, seco de carnes y enjuto de rostro.»

— ¡Manes de Cervantes! — exclamé —. ¿Es posible que esto pueda oírse en la música?

Yo confieso que no lo oí, por más esfuerzos que hice por lograrlo.

Ante nuestro oído desfilaron las aventuras del Caballero de la Triste Figura y de su escudero: hazañas, discursos, batallas, el ataque a los molinos, la ascensión en el Clavileño; todo surgió de las notas straussistas con una claridad que indudablemente debía de ser pasmosa.

Pues ¿y el episodio en que Sancho queda dormido en su casa? Dice el programa: «Se hacen perceptibles sus ronquidos en la tuba y el contrafagot.»

Yo declaro que eran admirables, sólo que, como duraran más de lo regular y sonaran harto cerca de mí, volví la cabeza y observé que algunos sonidos no los hacía la tuba, sino el tubo respiratorio de un oyente que dormía con placidez, para demostrar la realidad de la música imitativa.

Si yo hubiera sido el autor del poema, hubiese escrito en él algunas fases que, a mi juicio, faltaban.

En cualquier hazaña de Don Quijote, para demostrar que era de gran esfuerzo, yo hubiera rebajado a las notas medio tono durante algunos compases, y el público se daría cuenta de que la empresa que iba a acometer el hidalgo manchego era una empresa de muchos bemoles.

Y dondequiera que hubiera que hacer patente una tromba de aire, haría sonar un trombón.

Y qué bien nos hubiera dicho la música que caballero y escudero eran arrollados por los toros, si en la orquesta sonara el corno, es decir, siendo muchos los toros, pues muchos cornos.

¿Y cuando Don Quijote queda colgado de una cuerda en la ventana de la venta?

Eso hubiera sido muy patético. Bastaba un sostenido en las notas que tocara la cuerda de violines, y todos verían a Don Quijote sostenido por la cuerda.

Desentrañando así la obra cervantina, saldrían más situaciones dignas de ser descritas por la música.

Pero observo, lectora mía, que frunces el entrecejo y sonríes desdenosamente.

¿Serás straussista?

¡Oh, linda lectora! Desde este momento olvido mis chistes anteriores, y me declaro partidario de la música imitativa. ¡Palabra!

SANTIAGO LÓPEZ DE MEDRANO

"VOX POPULI"

La acción, en el interior de una librería.

— Buenas tardes. ¿Está usted muy ocupado?

— ¡Linda pregunta! Los libreros españoles no estamos nunca ocupados. ¿En qué puedo servirle?...

— Verá usted. Yo tengo un sobrino, y, con motivo de su cumpleaños, quería regalarle una coleccinca de buenos libros.

— ¡Excelente idea! Como ciudadano y como librero, permítame que le felicite.

— ¿Estuve acertado?

— Como que no hay obsequio mejor para un joven. Los libros... ¡Ah!... Los libros son los mejores consejeros, los mejores amigos... ¡Ah, los libros! ¡Figúrese si yo los conoceré bien! Treinta y dos años cambiándolos de un estante a otro, quitándoles el polvo... ¿Cuánto tiene usted intención de gastarse?

— ¡Ahí está lo malo! Yo no quisiera gastarme arriba de ocho o diez pesetas.

— ¡Hum!... Poca cosa puede hacerse con eso... ¿Y qué clase de libros quiere usted?

— Le diré el programa que me he trazado. En primer lugar, desearía que hubiera un libro puramente educativo.

— ¡Buen principio!

— Querría también que me pusiera otro muy divertido.

— Lo apruebo.

— Y uno muy serio.

— No va mal.

— Y otro que enseñase las miserias y flaquezas de la condición humana.

— Muy bien.

— Y otro que hablara de viajes.

— Continúe, continúe...

— Y otro que pusiera de relieve la ligereza y versatilidad de las mujeres.

— Bonito tema.

— Y otro que relatase aventuras.

— ¡Magnífico!

— Y otro que encerrase buen número de refranes, sentencias y modismos.

— Materia interesante, por cierto.

— Y otro que fuera modelo de prosa.

— Perfectamente.

— Y otro que tuviera versos.

— ¡Bravísimo!

— Y otro, en fin, que lo mismo pueda servirle a mi sobrino ahora, que es un joven, que mañana, cuando sea viejo.

— ¿Ha terminado usted la lista?

— ¿Le parece a usted corta?

— La lista, no; pero sí las pesetas destinadas al efecto. Burla burlando, me ha indicado usted una docena de libros.

— ¿Es posible?...

— ¡Ya lo creo!...

— ¿Y no hay suficiente con el dinero que yo pensaba invertir?

— No, señor; de ningún modo.

— ¡Cuánto me contraría esto!

— Aunque... Ahora caigo en la cuenta... ¡Qué ideal!... Aquí tengo una obra que satisfará sus deseos.

— ¿Cómo?... ¿Una?... ¿Hay en una sola obra todo lo que yo pedía?

— Tal vez haya más. Es un libro a la vez divertido y serio, educador y ameno, variado e instructivo; un libro que habla de la tontería de los hombres, de la frivolidad de las mujeres, de viajes, de aventuras y de intrigas; un libro que es modelo de prosa y muestrario de versos; que trae refranes y sentencias;

que lo mismo distrae al viejo, que entretiene al joven; que es de todas las edades, de todas las épocas y de todas las clases sociales.

— ¡Es curioso!

— Aquí tiene un ejemplar.

— *Don Quijote de la Mancha*... Pues con tantos años como tengo, no sabía que el *Quijote* reuniera tal cúmulo de atractivos.

— Pues así es, sí, señor.

— Pero ¿está usted seguro de que este libro encierra tantas y tan bellas materias?

— ¡Oh! Lo pregonan la fama, la Prensa, los literatos...

— La fama..., la Prensa... Pero ¿usted no ha leído esta obra?...

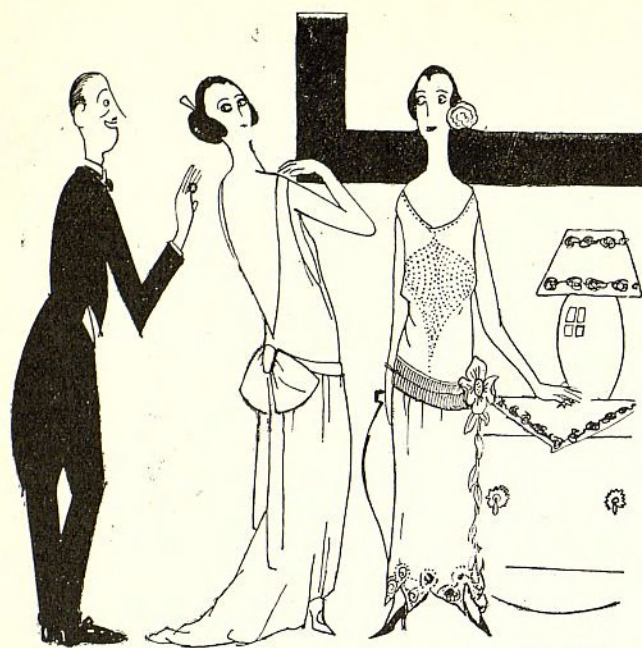
— ¡No, señor!

VICENTE VEGA



Dib. MEL. — Madrid.

— ¡Qué ocurrencias las de estos señoritos!... ¡Mia que poner por los pasillos los cacharricos de la cocina!...



Dib. BUK
Madrid.

LA DUQUESA. — *Perdóneme usted, marqués, que le dé la espalda...*

EL MARQUÉS. — *Pero ¿está usted de espaldas, duquesa?...*

BUK

LOS TONTOS DE CAPIROTE Y OTRAS VARIEDADES

He aquí un título que encaja admirablemente a muchos fíteres y a no pocos hombres que parecen sesudos y gozan renombre de cultos... En la Cofradía de los tontos de capirote (cuyas puertas abre amplia y generosamente a todos los que soliciten ingresar en esta novísima Academia), se encuentran, en su numeroso escalafón, los nombres de infinitos doctores, licenciados, inventores, hombres de ciencia, industriales, traficantes, rentistas, sabios conocidos y hasta desconocidos, que es más sorprendente y extraño.

Si pasarse de listo es ya de por sí cosa dificultosilla y precioso don de Naturaleza, don de Naturaleza también es el ser tonto, y estepreciado beneficio sabido es cuánto ilustra a quien lo posee, y qué prevendas, canonjías y satisfacciones mil le están reservadas en este bajo y socorrido mundo de la política, del dinero y de las Academias. Un tonto puede hacerse abogado, y después pasante de otro abogado de campanillas. Hasta aquí la cosa no ofrece dificultades de mayor calibre; pero una vez en el bufete de este hipotético personaje, para dar el golpe de gracia y alcanzar la provechosa categoría de yerno, necesita cualidades de más densidad y mejor cotización en el mercado de la vieja política, esto es, ser tonto de capirote o haber sabido a tiempo hacerse el tonto,

categorías espirituales que no todos alcanzan.

Un tonto de naturaleza (esto es, por obra y gracia de la madre Naturaleza), o graduado de idiotismo en alguna de nuestras Universidades, puede escribir (o hacer que le escriban, y es mejor) unas conferencias sobre Historia, Arqueología, Numismática, Filatelia, tratando alguno de los problemas sociales de palpitante actualidad en Europa durante la época de las Cruzadas. En seguida, por arte de birlibirloque, verá cómo le envuelve un agradable rumor de aprobación, ese blando aplauso de los varones serios, y muy pronto las ilustres Academias le brindarán uno de sus sillones inmortales; *un tonto de naturaleza puede ser diputado, gobernador, subsecretario, ministro...*

Para ser inmortal no es indispensable saber nada de nada, ni haber demostrado interés y conocimiento de la inquietud social, ni de la inquietud artística ni filosófica... Desprovisto de este fatigoso lastre, nuestro hombre marcha más ágil por la suave senda del triunfo fácil... Un tonto de naturaleza, en fin, puede ser tendero, explotar una vquería, regentar una botica, tener un almacén de muebles, una tienda de loza. Todas las infinitas rutas de esta múltiple vida social moderna, que tiende preferentemente a digerir mucho y a dormir

a pierna suelta, están abiertas de par en par a los felices mortales que no han inventado la pólvora.

¡Dichosa suerte la de los idiotas! No se preocupan, no se inquietan, no padecen insomnios ni hambres. Han nacido para hacerse ricos, y no tienen otro cuidado ni otro horizonte.

¿La catástrofe del *Dixmude*?... ¡Bah!... ¿Rusia?... ¡Bah!... ¿La cuenca del Ruhr?... ¡Bah!... ¿El hambre en Alemania?... ¡Bah!... Le importan los marcos perdidos, y esta reducción en la prodigiosa velocidad de los grandes negocios fáciles de la Gran Guerra, y los de la postguerra, eso sí. ¡Se iba antes tan de prisa, y crece el dividendo ahora tan despiol!...

Y ¿qué decir de aquel que, sin serlo de naturaleza, cifra todo su orgullo en hacer el tonto lo más perfectamente posible? Este es digno de lástima. Conoce que posee dos ojos; pero se hace el tuerto en la tierra de los tuertos. ¿Que le conviene incorporarse a determinado grupo en donde le desprecian y le reciben con groseras burlas? No importa; se hace el tonto y sonríe. ¿Persigue una sinecura provechosa y ha de soportar indignidades para obtenerla? No importa; se hace el tonto y sonríe. ¿Le arrojan al rostro un ex abrupto para que entienda que estorba en donde está? No importa; se hace el tonto y sonríe.

¡Ah, el calvario del que ha logrado algo en fuerza de hacerse el tonto! ¿Qué de humillaciones, bajezas y dolores ocultos, ahogados en silencio! Porque a éste, como no le ha sido negada la luz, no puede engañarsele, ni él se engaña fácilmente a sí mismo, como acontece al que nació ya del vientre de su madre un puro idiota, sin mezcla de bastardía alguna. Este no siente, no conoce, no sufre. ¡Dichoso él!

Tenemos, finalmente, otra variante del admirable ejemplo zoológico que estamos estudiando: aquel que, no siendo por obra de Naturaleza tonto de remate (*tonto perdido*, que suele decirse en el lenguaje corriente), lo es en determinadas épocas de su vida. Ejemplos: los enamorados, que bien sabemos cómo hacen el tonto; los que de pronto se enriquecen, de quienes se dice que *se han puesto tontos*; y aquellos que a cada momento, en el curso de una conversación, se arrojan recíprocamente esta bonita palabra, que tiene, según el tono y el acento, un diferente significado.

Hacemos gracia al lector de otras variedades muy pintorescas. No es lo mismo ser tonto que parecerlo; y si bien es peliaguda cosa hacerse el tonto no siéndolo por la gracia de Dios, hacerse el listo, en cambio, y, aun más, hacerse el pensador, el estadista, el poeta, el literato, el filósofo, *sin serlo*, debe de ser sumamente fácil, a juzgar por el extraordinario número de *listos* de esta clase que vemos por ahí.

ROBERTO MOLINA

DEL BUEN HUMOR AJENO

EL DOCTOR FRANK, POR ÉDOUARD OSMONT

El doctor Frank, joven y ya célebre cirujano, llamó a la puerta de su prometida. La jornada había sido bastante dura para él: doce veces había mordido en carne humana su infatigable bisturí, abriendo doce vientres para desalojar de ellos doce mortales dolencias.

Estaba cansado. Cansado de permanecer todo el día encorvado sobre los pacientes en sopor; cansado del esfuerzo de su atención, distendida sin tregua. Ya era hora de calmar la fiebre de su frente ardorosa en los ebúrneos brazos de Camila, su joven prometida.

Por eso la abrazó con una alegría más viva que de ordinario. Luego se sentaron, y comenzaron a charlar. De repente, gritó Camila con voz alterada:

— ¿Qué has hecho de aquella sortija que te di?

Frank miró prontamente su mano izquierda: la sortija no estaba allí. Era una alhaja modesta, sin duda, pero adquirida por Camila con sus economías de hija de familia, y que ella le regaló al día siguiente de la petición de mano.

El joven buceaba en su memoria. Recordaba perfectamente no haberse olvidado la sortija en casa, porque, ya en la calle, la llevaba puesta todavía. No podía escurrirsele, porque le estaba un poco justa. Pero, entonces, ¿qué había hecho de la joya?

Exaltándose por momentos, Camila volvió a preguntar:

— ¿Qué has hecho de aquella sortija que te di?

Frank se esforzaba por recordar. De repente, tuvo la impresión indubitable de que habría olvidado la sortija en uno de los vientres abiertos durante la jornada. A esta idea, sintió correr por su cuerpo un sudor helado. ¿Cómo haría para averiguarlo?

Por tercera vez interrogó Camila:

— Frank, ¿qué has hecho de la sortija que te regalé?

Un instante pensó en confesarlo todo. Después le dió miedo. Parecía que si revelaba tamaña distracción, perdería a la joven sin remedio. Seguramente, Camila no amaría a un esposo capaz de

olvidar sus joyas en el interior de un enfermo. Frank se limitó a murmurar con tristeza:

— No lo sé.

Levantóse Camila, temblando de rabia.

vientre jovial del corredor de vinos, en el vientre beatífico del canónigo, en el agudo de la institutriz, o en cualquier otro? Le fué imposible precisar un incidente que le pusiera sobre la pista.

Pasó una noche horrible, víctima de crueles pesadillas. En su delirio veía cruzar y retornar ante sus ojos a todos los vientres: graves, casi solemnes al principio, volvíanse de pronto burlones y picarescos. Paso a paso se acercaban hasta él, le saludaban con una pequeña reverencia y se alejaban después, dejando escapar una risa estridente. Frank tendía sus brazos para cogerlos; pero ellos saltaban de lado en rápidos sacudimientos. Después de haber repetido varias veces esta maniobra, los vientres se cogían de la mano y formaban un corro fantástico, dando vueltas con prodigiosa rapidez y cantando con vocécitas chillonas. Luego desaparecían, para reanudar su obra después de breves instantes.

Por la mañana, Frank, en el colmo de la desesperación, había renunciado al amor de Camila. Quiso comunicarle su firme propósito; pero sus dedos, entorpecidos, se negaron a sujetar la pluma. Soñaba... La imagen de su dulce prometida se le aparecía para reprocharle su falta de valor. Entonces se levantó bruscamente, decidido a buscar y a encontrar, costase lo que costase, la sortija perdida. Si era preciso, abriría los doce vientres; pero, tarde o temprano, llegaría la hora en que, reconquistada la joya, podría comparecer ante la joven, seguro de obtener su perdón.

Rompió una cuartilla en doce pedazos, escribiendo en cada uno de ellos un nombre de los doce clientes de la vispera; dobló cuidadosamente las papeletas, las arrojó mezcladas en el fondo de un sombrero y, después de agitarlas algunos segundos, cogió una al azar. La desdobló. ¡Era el nombre de la señora anciana! Por ella, pues, había que empezar.

Al anuncio de una nueva operación, la vieja opuso la negativa más rotunda. En vano Frank pretendía hacerla suponer una recaída o el peligro de graves



Dib. GARRIDO. — Madrid.

— Nunca seré tu esposa, mientras no me traigas la sortija que te di.

Frank quiso abalanzarse para retenerla; pero ella ya había desaparecido. Entonces se levantó vacilante, y se encerró en su casa con el alma hecha pedazos.

Ahora estaba seguro de que la sortija se encerraba en uno de los doce vientres; pero ¿en cuál de ellos? ¿Sería en el vientre fofó de la vieja señora, en el

complicaciones; en vano alegó la necesidad de comprobar si la curación se desarrollaba normalmente: la enferma era inconvencible. Por fin, al cabo de tres semanas de ruegos y súplicas, la dama dejó de hacer. Frank no encontró lo que buscaba.

La segunda persona — cuya decisión fué también laboriosa — no dió resultado alguno.

La tercera, tampoco.

La cuarta — que no tenía rastro de la sortija — se le quedó tontamente entre las manos en el preciso momento en que se disponía a volverla en sí. Este enojoso incidente entibió en parte su primitivo entusiasmo. En su fuero interno pensó en sí, por una cuestión absolutamente personal, tendría derecho a jugar así con la vida del prójimo. A fuerza de reflexiones, vino a parar en que la supresión de algunas personas de una salud precaria importaba bien poco a la Humanidad, en fin de cuentas; en tanto que

su matrimonio con Camila no dejaría de enriquecer a la sociedad con seres fuertes y sanos, que se reproducirían a su vez. Y continuó su obra.

La quinta persona no dió resultado positivo.

La sexta, ídem.

La séptima, cero.

La octava, murió.

En el noveno vientre encontró un mondadientes usado, una baraja y la colección del año 1860 de *La Ilustración*, encuadrada en piel; pero nada de sortijas. Entregó el lastre en la Oficina de Objetos Hallados, pensando volver al año y día, por si nadie se hubiera presentado a reclamar tales prendas.

La décima persona estaba limpia de joyas.

Cuando terminó con la undécima — que murió —, Frank dió un suspiro de alivio. Hasta aquí había operado siempre en la incertidumbre, con el temor de perder su tiempo en una labor

estéril. La próxima vez, al menos, estaba seguro del resultado.

La última cliente era una joven americana de gran belleza. Cuando se presentó en su casa, casi alegre al pensar en volver a ver aquel vientre, supo que la joven había marchado a Boston días atrás. Frank cerró su maleta y se encaminó también a Boston. La joven ya no estaba allí. Llamada por telégrafo la noche anterior, se había embarcado precipitadamente para Leningrado. Frank no se tomó la molestia de abrir su equipaje, y se embarcó a su vez.

Sería preciso creer que le perseguía la mala estrella, porque tampoco en Rusia encontró a la americana. Viajó siguiéndola por otras ciudades, sin que nunca llegara a tiempo de encontrarla.

Resumiendo: ya había dado tres veces la vuelta al mundo — una de ellas a contrapelo —, cuando tropezó con la joven en Yokohama, a tiempo de partir con rumbo a San Francisco. El se embarcó también.

Reanudaron su amistad a bordo. La americana era encantadora. No tardó en establecerse una cordial relación entre Frank y miss Lily; así, en un bello atardecer, no vaciló en confiarla el secreto de su aventura. Miss Lily, encantada del caso, prometió que apenas tocaran tierra, se dejaría operar dos veces mejor que una; tanto la seducía la idea de representar un papel importante en este idilio cómico y emotivo, trágico y bufo, quirúrgico y trasatlántico.

Ya estaban a algunas millas de San Francisco, cuando el paquebote chocó con un barco pesquero, que se hacía a la vela hacia Terranova, y naufragó. Mientras los valerosos pescadores se apresuraban a recoger a los demás pasajeros, Frank luchaba desesperadamente con las olas. Aunque experto nadador, pronto sintió que sus fuerzas le traicionaban. Gritó fuerte; pero el fragor del oleaje era más potente que su voz. Entonces, como en supremo llamamiento, alzó sus brazos al cielo.

Al efectuar este ademán tan sencillo, vió brillar en el cuarto dedo de su mano derecha la sortija que buscaba hacía tanto tiempo. Tenía la costumbre de ponérsela en la mano izquierda, y este cambio involuntario explicaba su fatal error.

Entonces, pensando en la inutilidad de tantos esfuerzos, en tantas semanas perdidas y tanto dinero derrochado; ante su vida rota, su carrera truncada y su porvenir comprometido para siempre, Frank se sintió invadido por una desesperación sin límites, y se dejó arrastrar al fondo de las aguas.

Para descargo de su conciencia, la joven americana, a su llegada a San Francisco, se puso en manos de un cirujano negro, con la esperanza de hallar la sortija y reintegrarla a la prometida del doctor Frank. Pero el cirujano negro no encontró nada.

M. V.



Dib. BILBAO. — Madrid.

ELLA. — No puedo acceder a sus pretensiones...
EL. — ¡Usted siempre me ha de dar una negativa!...

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE
VIUDA DE CELESTINO SOLANO
Primera marca mundial. LOGROÑO

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

S. D. del C. Valladolid.— Su «Diario de un padre» no nos acaba de convencer, dicho sea con todos los respetos que un padre merece.

Lord Jassembeis. Casino de Algeciras.— Querido mi lord: «time is money». Se lo decimos para que no lo pierda en futesas literarias, como las «Noches de enero» que nos envía, que no son buenas noches, ni siquiera frescas y dulces. Y no sabe usted lo que lo sentimos.

Florín. Arévalo.— Otra vez será. Porque usted insistirá, ¿verdad?

J. G. A. Madrid.— Eso que nos manda es más sucio que el antiguo «affaire» de Panamá. Y nosotros, y nuestro idolatrado público, somos un tanto pudorosos, ¡y a mucha honra!

Belón. Cáceres.— ¡Es usted un miserable! ¡Y no le envío mis padrinos, porque los dos se han muerto: mi padrino hace veinte años, y mi madrina hace menos; pero también hace bastante!

El actor Pérez se ha ido a Albacete a hacer un bolo, y no olvida en su equipaje el sin par Licor del Polo. J. M.

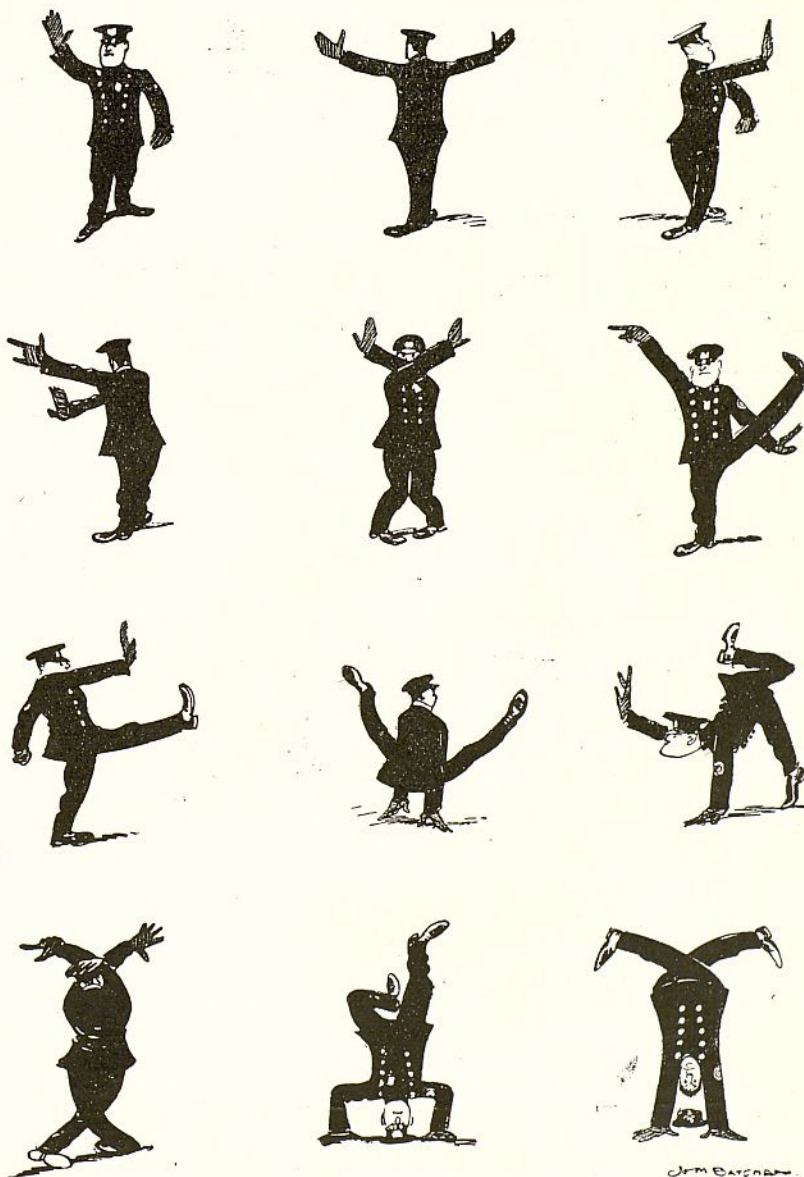
C. Bueno. Bilbao.— Atento amigo: No le extrañe nuestro sepulcral mutismo, porque aquí no contestamos a los caballeros pasatiempistas ni a los chistógrafos. Publicamos o no sus cosas, y en paz. Con usted hacemos una excepción; pero no lo volveremos a hacer más.

Arbaces. Madrid.— Sus «Memorias de un seglar» han tenido la trágica suerte de no impresionar nuestra alma. Pero, en fin, no se desanime. Y ya que nos ha mandado usted «memorias», reciba recuerdos de nuestra parte.

A. Solís. Gijón.— El suicidio original que usted nos refiere, no es ni original, ni casi suicidio. Y sepa usted que hace poco rechazamos un trabajo en el que se nos relataba, con toda clase de detalles, la muerte de un yanqui que se envenenó con una pianola disuelta en ácido sulfúrico. Compare usted

y verá que en punto a novedad se ha quedado muy rezagado.

F. A. H. San Ildefonso.— ¿Nos jura usted por su preciosa salud que no es usted un guasón?... Díganos la verdad, y le perdonamos en seguida.



Impresiones de un policeman ordenando la circulación de vehículos en Nueva York.

(De Life, de Nueva York.)

LA TÉCNICA

Carrera de San Jerónimo, 3, principal.

CLASES PRÁCTICAS

DE

Reforma de letra :: Cálculo :: Teneduría de libros :: Mecanografía :: Taquigrafía. Máquinas de calcular :: :: :: :: :: ::

Aquí se facilitan a los alumnos medios de ganar sin abandonar sus clases.

Carrera de San Jerónimo, 3, principal, y calle de Santiago, 6 y 8.

Representantes de la máquina de escribir MERCEDES

AMADOR
 — FOTÓGRAFO —
PUERTA DEL SOL, 13


EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.



**Cre-
ma**

**Boca sana -:- Dientes blancos.
Aliento perfumado.**

CORTÉS, HERMANOS.-BARCELONA

—¿En qué se parece una tela que se pasa de matutina a la Virgen?

—En que «es...-tela» matutina.

D. T. — San Sebastián.

Entre abogados.

—Chico, eres todo lo contrario de Santa Rita.

—¡Hombre! ¿Por qué me dices eso?

—Porque Santa Rita es la abogada de los imposibles, y tú eres el «imposible de los abogados».

Masto. — Madrid.

—¡Oye, Juan! ¿No ves aquel barco que se divisa en el horizonte?

—No, no le veo.

—¿Pero no ves las velas, hombre?

—No; porque debe traerlas «apagadas».

—¿Por qué el demonio es tan malo, y Dios tan bueno?

—¡...!

—Hombre, porque al demonio le gustan las almas malas, y a Dios..., «¡adiós, muy buenas!».

Pedro Vizcaíno. — Melilla.

Las apariencias. Calvez da consejos a su hijo, y le dice:

—No te fíes de las apariencias. En Madrid hay más de cuatro que gastan veinte mil duros al año para hacer creer que son ricos.

José Echevarría. — Bilbao.

—¿En qué se parece un partido de fútbol a una novicia?

—En que si no tiene buen «equipo», no se luce.

Manolo Porlan.

—¿Cuál es el alimento más descarado?

—La leche, porque se pone en «jarras».

Amelina. — Madrid.

En este tiempo es muy difícil oír las funciones por los muchos catarrosos que concurren a los teatros. ¡Otra cosa sería si tomaran Jarabe Orivel!

—¿En qué se diferencia una puerta de un mozo antes del sorteo de quintas?

—Pues en que el mozo ingresa en Caja, y la puerta «en-caja» o no «en-caja».

María Hernández. — Madrid.

¿QUIÉN NO CONOCE...

la Ortografía Martínez Mier? — Las personas que no son cultas; todas las demás la tienen como obra de consulta sobre su mesa. En sus 450 páginas, además de una selecta y amena doctrina, hay estudios lingüísticos y un copioso vocabulario de palabras :: :: de escritura dudosa :: ::

En un examen de Gramática.

Profesor. — ¿Qué es masculino?

Alumno. — ¡...!

Profesor. — Entonces, ¿qué es tu padre?

Alumno. — Sargento de Carabineros.

Benjamín López.

El premio del número anterior ha correspondido a **Teócrito**.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

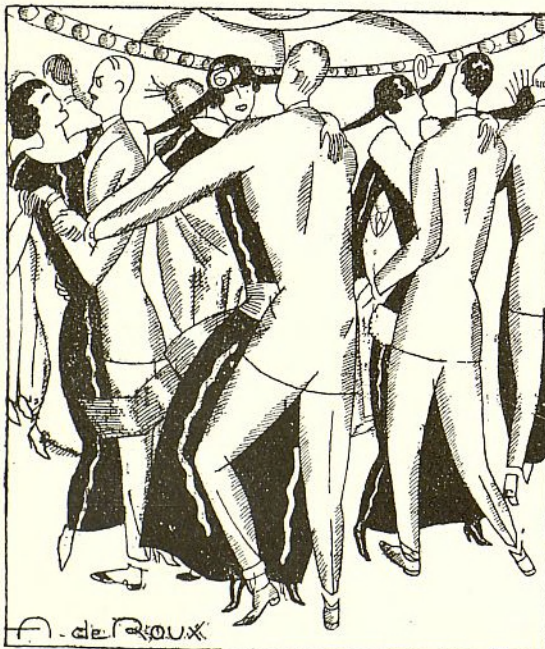


MEDEL

GRAN VÍA, 18

JUGUETES

COCHES DE NIÑO



FILOSOFÍA

—Estoy preocupadísima: mi doctor me ha prohibido bailar. ¡Me va a hacer cambiar todas mis costumbres!...

—¡Quía, señorita! ¡Cambie usted de doctor!.

(De Le Rire, de París.)

—¿Hay algo más molesto que un mosquito?

—El sacristán. El mosquito, pica; el sacristán, «repica».

—Felonio, que es más falso que un duro de plomo, dice que él siempre habla con el corazón en la mano, y tiene razón...

—Eso no se explica.

—... Mejor dicho, con un corazón en cada mano.

—¡...!

—... El «dedo de en medio».

Antonio Cortin.
Las Arenas (Vizcaya).

Una señora ve a un niño, hijo de unos amigos, cuyo nuevo domicilio ignora, parado en la puerta de una casa, y le pregunta:

—¿Niño, vives aquí?

A lo que contesta el chico muy serio:

—¡No, señora, dentro!

Alejandro Riveo Bartaual.
Grao de Valencia.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fina y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.*), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelifero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para *rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas, etc.* Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

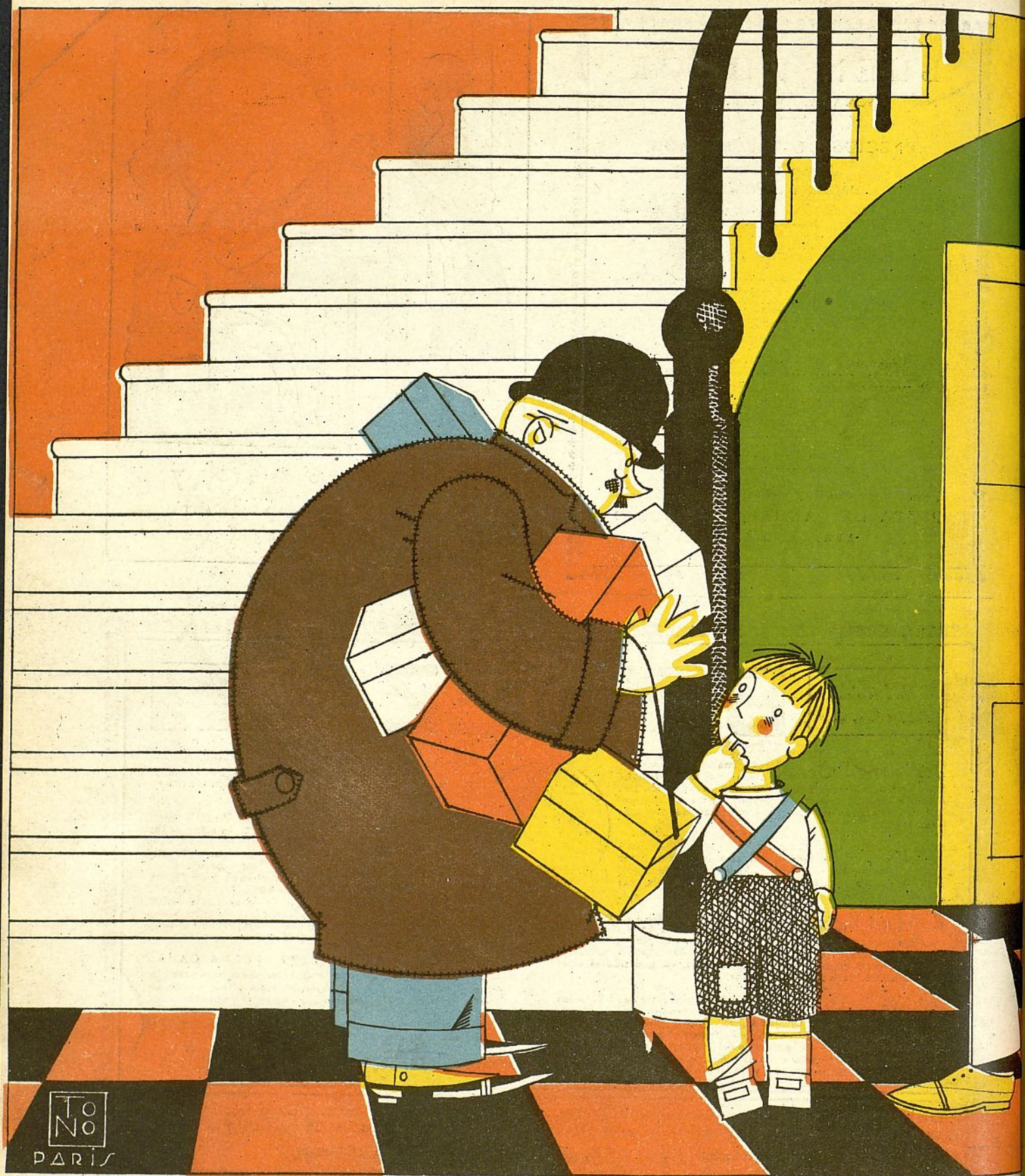
ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

Polvos Belleza Calidad superfinia y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América. — Canarias: droguerías de A. Espinosa. — Habana: droguería de Sará, Teniente Rey, 41. — Buenos Aires: A. García, calle Florida, 139

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR



--He subido hasta el quinto piso, y no he encontrado a la portera. ¿No decías que estaba en la escalera?
--Sí, señor; en la escalera del sótano

Ayuntamiento de Madrid

Dib. TONO.